

DUPLICADO

Re. C 45
D

Nos. 23-24

Enero - diciembre 1969

Año XIII

**BOLETIN DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA**

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

DESCATALOGADO



SAN JOSE, COSTA RICA

Suscripción anual U.S.A \$ 1.00

El precio de las suscripciones puede remitirse a la Administración del Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua.—Sala España, Biblioteca Nacional, San José Costa Rica.

Editor responsable

Sr. D. ARTURO AGÜERO CHAVES

SUMARIO

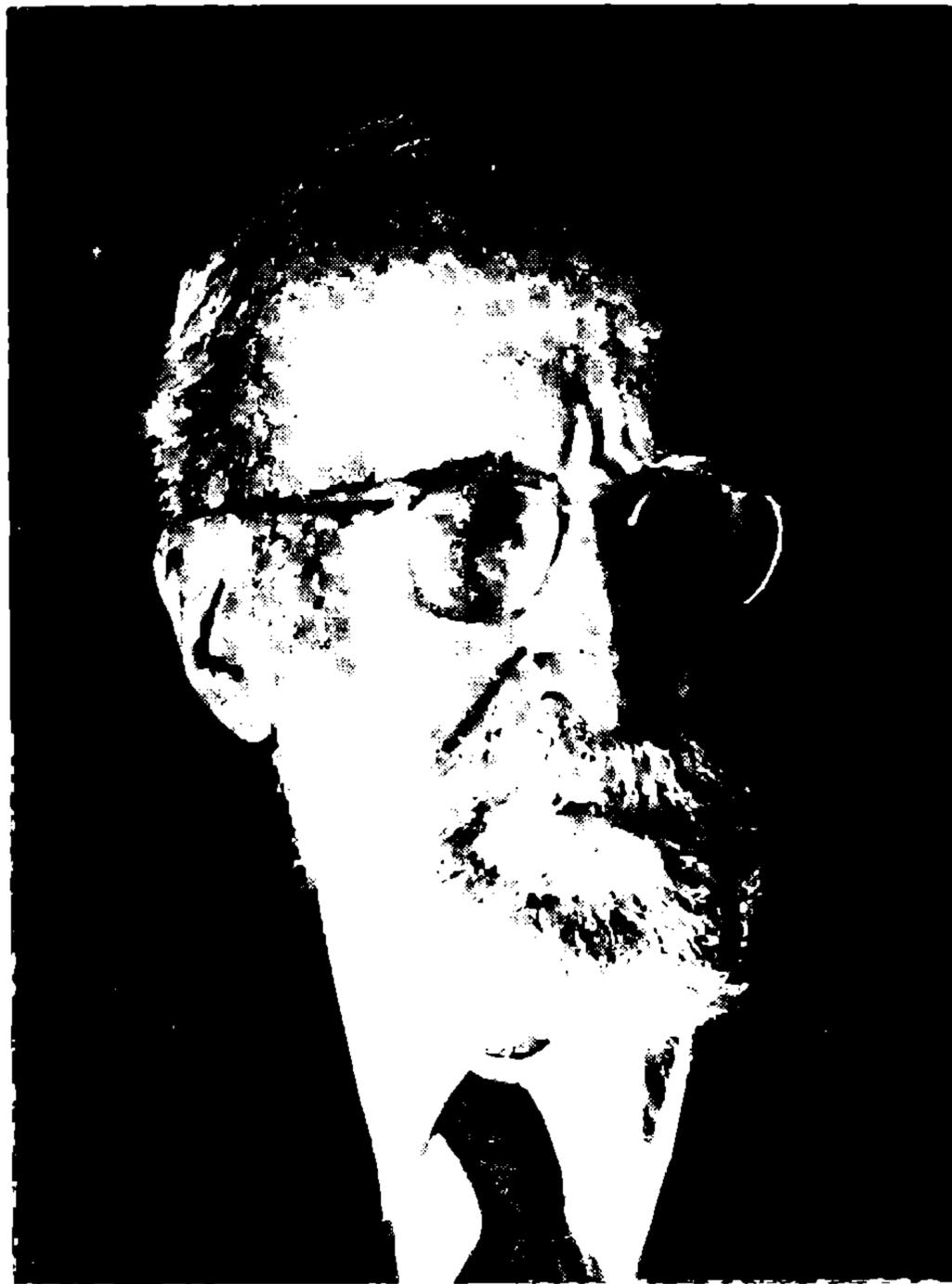
Don Ramón Menéndez Pidal. <i>Arturo Agüero Chaves</i>	3
Cien años de Filología. <i>León Pacheco</i>	29
Sucesor de Menéndez Pidal en la presidencia de la Real Academia Española	35
Don Abelardo Bonilla Balladares	43
Don Abelardo, un humanista. <i>Isaac Felipe Azofeifa</i>	45
Nuevo miembro de número	46
Discurso de incorporación leído por D. José Basileo Acuña	47
Discurso del Académico Lic. Alberto F. Cañas, en respuesta al de incorporación del Prof. José B. Acuña	65

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Año XIII

Enero-Diciembre de 1969

Nos. 23-24



D. Ramón Menéndez Pidal

Don Ramón Menéndez Pidal

Arturo Agüero Chaves

Ha muerto el insigne patriarca de la filología e historiografía españolas. Han quedado huérfanas, aunque considerablemente enriquecidas, ambas disciplinas; y musitando un rezo perenne y reverente la lengua castellana.

Este doloroso motivo, este paso de don Ramón Menéndez Pidal a la inmortalidad nos mueve a escribir unas líneas, sencillas pero fervorosas, mal tejidas quizá, porque no es fácil gobernar los hilos del pensamiento cuando están agitados por el soplo del pesar. Sin embargo procuraremos un poco de orden y equilibrio en lo que vayamos diciendo.

Este príncipe de la filología española se acercó muchísimo a la empinada cumbre del centenario, pues murió a los noventa y nueve años, ocho meses y un día, el 14 de noviembre de 1968, en el ameno barrio madrileño de Chamartín de la Rosa. Como había nacido el 13 de marzo de 1869, solamente le faltaron cuatro meses y un día para tener cien años de edad. El buen deportista montañero, escalador feliz del Guadarrama, en Castilla, y de los Andes, en Ecuador, venció hasta muy alto la pendiente de los años y los peldaños de la fama. El periodista que lo entrevistó en 1959, cuando cumplió el maestro el nonagésimo aniversario de su vida, estaría esperando el 13 de marzo de este año para que se cumpliera la invitación que le hizo entonces el entrevistado a la fiesta de su centenario. Porque don Ramón ya esperaba llegar a él, como lo esperábamos todos, pues era tan firme la certidumbre que se tenía en ello, que los delegados al Quinto Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en Quito poco antes de morir don Ramón, acordaron que cada una de las Academias celebrara el centésimo cumpleaños suyo con una sesión especial, que los discursos pronunciados en ella fuesen recogidos en un volumen, que las Academias procurasen obtener la adhesión de las instituciones literarias y medios de difusión del respectivo país, y todo esto con el objeto de que fuera internacionalmente unánime la conmemoración. Este homenaje se tributó, a pesar del deceso, pero ya no, desde luego, con los claros matices del regocijo, sino con los severos y amargos del luto.

Recordamos que en aquella ocasión, hace diez años, cuando cumplió el ilustre filólogo el nonagésimo año de edad, las figuras

más representativas de las letras españolas, con unánime admiración y acatamiento, le tributaron los más cálidos elogios. Toda la prensa española publicó artículos de filólogos, catedráticos, poetas, escritores y periodistas sobre la obra y personalidad de Menéndez Pidal. Y aquel mismo día salió de las prensas un libro suyo, el último hasta entonces: *La Chanson de Roland y el noetradicionalismo*. Con esta obra, considerada por don Dámaso Alonso "un portento de la naturaleza", no solo por su valor intrínseco, sino por ser la de un hombre nonagenario que amacizó su teoría de la continuidad o tradicionalidad de la literatura española, y particularmente la épica, hecho que ya había vislumbrado en 1910. Como lo indicó don Dámaso, "todo este libro está escrito con una agilidad alerta, con un garbo de muchacho, en un estilo unas veces implacablemente convincente, otras pintoresco, otras de dura ironía". Es para el señor Alonso un portento, y agrega que no ha conocido "ningún ejemplo semejante en toda la literatura española", ni acaso "los haya en la universal". Era verdaderamente asombroso que un hombre a los ochenta y cinco años de edad trabajara con el brío que a veces no tienen los jóvenes y lograra, al cabo de cinco años, coronar su trabajo con extraordinaria eficacia.

En efecto, así sucedió, gracias a un casual hallazgo. Don Dámaso Alonso encontró por casualidad un manuscrito de hacia 1070, cuyo texto latino consistía de un resumen de *La Chanson*, y el hecho de que tuviera el manuscrito cerca de treinta años más que la obra épica respectiva podría ser un argumento decisivo contra la teoría de Bédier. En 1953 don Dámaso publicó el texto descubierto, bajo el título de "Nota Emilianense", porque la descubrió en el convento de San Millán, y esta noticia despertó en don Ramón la idea y los arrostos de emprender la obra indicada, con el ánimo de darle remate a su teoría, la que por tantos años había sustentado. Y el prodigio se produjo al cabo de cinco años.

Decíamos que en aquella ocasión se refirieron al maestro y a su prolongada labor los más destacados hombres de letras de España, y en los actos verificados por la Real Academia Española de la Lengua en honor de su preclaro Director, y los que se verificaron con igual motivo en la Real Academia de la Historia y otras corporaciones literarias, varios notables exponentes de las letras contemporáneas españolas pronunciaron discursos, otros publicaron artículos en la prensa. Recordamos entre ellos al Dr. Marañón, Gerardo Diego, José María Pemán, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, José María de Cossío, Ramón Pérez de Ayala y otros. Algunos de ellos precedieron al maestro en el trance de la muerte, y los demás, los que viven todavía, lamentan su partida y, junto con otros, procuran perpetuar su memoria.

Referencias biográficas

Regresemos al 13 de marzo de 1869, para espigar un poco en la biografía de don Ramón.

Más o menos a la hora de la cena de aquel día, en el hogar de don Juan Menéndez Cordero ⁽¹⁾ y la señora Ramona Pidal, se aumenta la ya numerosa prole de este matrimonio con el nacimiento del nuevo hijo ⁽²⁾. Este parto habría de acontecer en La Coruña y no en Pajares, tierra paterna, ni en Villaviciosa, la de su madre, porque don Juan desempeñaba entonces el cargo de magistrado en aquel lugar.

Solo trece meses de edad tenía el niño cuando su padre pierde su magistratura por no haber querido jurar la Constitución de 1869 —no estaba de acuerdo con la libertad de cultos que esta Constitución promulgaba—, y entonces comienza para la familia Menéndez Pidal una época de vicisitudes, y de la Coruña se tiene que trasladar a otros lugares de España.

Estando en Oviedo continúa don Ramón los estudios de bachillerato que había iniciado en Albacete y luego en Burgos. Después, cuando merced a la Restauración el señor Menéndez Cordero es restituído a la magistratura, en 1875, se halla instalado con su familia en Sevilla, tierra de luz que alumbraría el corazón del muchacho y el camino de su vocación.

Estamos ahora en 1883. Don Ramón tiene catorce años de edad, entra en la adolescencia, y lo tenemos en Madrid, estudiando en el Instituto del Cardenal Cisneros. A sus condiscípulos les hace gracia cómo habla don Ramón, por su asturianismo lingüístico. Por eso él llamaba ésta su época de castellanización. ¡Y vaya qué dominio del castellano el suyo! Zorrilla es su poeta preferido entonces; Alarcón y Pereda sus novelistas; pero lee cuanto esté a su alcance. Sin embargo, esta inquietud literaria no lo absorbe tanto como para que dejara de equilibrarla con sus aficiones deportivas: la esgrima y las excursiones campestres —porque don Ramón amaba la naturaleza—. Esta afición lo hace trocar con un amigo suyo de Pajares, después, clases de esgrima por clases de fotografía. El enamorado quería fotografiar a su amada Naturaleza. Podemos

(1) Don Juan Menéndez Cordero era Comendador de la Orden de Carlos III y Magistrado de la Real Orden de Galicia.

(2) Menéndez Pidal nace a las 6 de la noche, en la calle de Santa María, casa N^o 2, frontera a la Colegiata de Santa María del Campo, iglesia donde se bautiza con el nombre de Ramón Francisco Antonio Leandro. En el folio 220 v., Libro XX del Libro de Bautismos de esta iglesia se conserva la partida de bautismo.

ver, entonces, que don Ramón no debe concebirse durante su edad infantil como el "Juanito" ejemplar de aquellos tiempos en España, sino como un niño normal, que estudia con provecho, sí, pero que también juega, participa con los demás muchachos de las diversiones infantiles; ni tampoco debe concebirse como el adolescente sumido en sus estudios y lecturas, sino como el joven que también tenía sus aficiones deportivas. Y por cierto que supo asociar con eficacia y fecundidad ambas aficiones.

En este año de 1883 el muchacho tiene que pensar con más decisión y seriedad en su carrera. Su padre ha muerto y su infancia también, pero tarda todavía dos años más para decidirse definitivamente, y es cuando considera que su vocación ha sido la de las letras. Así lo declara, con el objeto de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, pero tropieza una vez más con los deseos de su familia —madre y tíos—, que lo empujan hacia la profesión de ingeniero. Esto no impide que sigan sonando en su alma los ecos de los cantares de su hermano Juan, recogidos en los campos astures, y el Romancero fragmentario, matizado de variantes, arcaico pero fresco; y todo esto habría de imponerse, con firmeza y amor, a los deseos de sus parientes. Sí, desde luego, las letras y no la ingeniería, decisión que admite resignada su familia, pero siempre que al mismo tiempo estudie lo que había estudiado su padre. Así don Ramón inicia dos carreras, Filosofía y Letras por un lado y Derecho por otro, para quedarse al cabo solamente con la primera, después que le sirvieron para lo suyo algunas materias de la segunda, como el Derecho Romano, con sus latines, y la Historia del Derecho, para la historiografía y la misma filología.

En fin, pues, adiós vaca ofrecida por un tío suyo para que estudiara ingeniería, porque la vocación verdadera, como el verdadero amor, es desinteresada. Y entonces tenemos al muchacho escuchando las lecciones de profesores como don Marcelino Menéndez Pelayo, el gran polígrafo montañés. Así continúa sus estudios, gozosamente, junto con las excursiones al Guadarrama, en cuyas laderas y collados saltaban al acaso, como gazapos sorprendidos, los romances antiguos, que don Ramón recogía con interés y cariño. Caza feliz entre pinares, tomillos, retamas y amapolas; por vallecillos amenos y difíciles pendientes; en un ameno, plácido, bucólico paisaje. Provechosas caminatas para la salud del cuerpo y el alma y también para la recogida sorpresiva de romances, ya en el ingenuo corro de niños que juegan cantando, ya en el recitar de segadores y zagales.

Entre los excursionistas va una muchacha, María Goyri, enamorada también, como don Ramón, de la Naturaleza. Y así

comienzan las relaciones de quienes formarían oportunamente un matrimonio excepcional, vinculado por intereses e ideales afines, y, desde luego, por el amor. Y así también se inicia, trabajando en la recolección de lozanos frutos poéticos, dispersos en campiñas y pueblos, la estupenda obra pidaliana sobre la tradición y el romancero españoles.

¿Cómo compaginar estas aficiones con la ingeniería o el derecho? No, don Ramón no era un joven nacido para la una ni el otro, a pesar de que se hallara cursando la carrera de su padre con el fin de complacer a su familia. El Derecho Romano, sin embargo, le interesaba, pero a causa de sus afinidades con la filología y la lingüística; también las clases de árabe, por la misma razón.

Pero al fin llega al momento de doctorarse, allá por los años de 1890 y 1891. Se decía que tal vez muy pronto quedaría vacante una cátedra de Literatura. El estudiante de derecho había leído mucho sobre la materia, estimulado por las clases de don Marcelino Menéndez Pelayo, y había leído con provecho. Por eso decide hacer su tesis de doctorado en Literatura. Mucho le habían gustado las obras de Max Müller y Gastón París, dos insignes filólogos del siglo pasado, que habían escrito sobre el tema de los cuentos, y entonces decide escribir su tesis sobre las fuentes de *El Conde Lucanor*. Arduo trabajo, porque se requería el acopio y lectura de muchas obras que no podían obtenerse fácilmente, ya por encontrarse muy dispersas, ya por no encontrarse en las bibliotecas. Pero logra con esfuerzo las fuentes de información y estudio suficientes e indispensables, y en el término de un año, trabajando solo, sin dirección de ningún profesor, deja concluida su tesis doctoral, a cuya discusión es sometido el 30 de junio de 1892, y entonces obtiene con la nota de sobresaliente el doctorado en Filosofía y Letras.

Pero don Ramón, a pesar de ser aún tan joven, no ha quedado satisfecho con la calidad de su tesis, pues en el corto plazo de un año solamente pudo acumular materiales, pero no elaborarlos como hubiera querido. Sin embargo sí caló muy hondo en algunos cuentos, a tal punto que después obtiene de aquella labor doctoral ensayos como *El condenado por desconfiado* (del cuento tercero de *El Conde Lucanor*), o el que se refiere a las fuentes del famoso libro de don Juan Manuel, a través de la fábula de *El cuervo y el raposo*.

Por estos mismos días la Real Academia Española de la Lengua abre un concurso interesante, aunque con un plazo muy corto según la dificultad del tema: *Gramática y Vocabulario del "Poema del Cid"*. Menuda empresa, por cierto, aun para lingüistas

y filólogos eminentes. Pero don Ramón inicia el arduo trabajo sin arredrarse ante la primera dificultad, que consistía en tener que reconstruir el texto original del Poema, el del siglo XII, porque solamente existía un manuscrito del siglo XIV. Labor lingüístico-filológica muy difícil, por cierto, pero don Ramón la pudo realizar con éxito estupendo, no solo a causa de su empeño, sino a sus propios métodos científicos, ya que tuvo la entereza de deschar la teoría naturalista sobre el lenguaje, que nadie osaba discutir entonces, la de Schleicher, que siguieron en cierta forma los neogramáticos, al considerar las "leyes" fonéticas iguales a las de la Naturaleza: fatales, sin excepciones, involuntarias, ajenas a la voluntad y conciencia de los hablantes. Si a nosotros se nos preguntara quién vino a contribuir poderosamente, con hechos comprobados, innegables, a dejar sin valor alguno las teorías naturalistas del lenguaje, diríamos que don Ramón Menéndez Pidal, quien murió convencido de que el lenguaje es, ciertamente, un hecho histórico en que no actúan fuerzas extrañas al individuo que lo posee, fuerzas incontrolables, involuntarias, incoscientes; es un hecho de la tradición, que evoluciona, ciertamente, pero a causa del hombre mismo, y no tan aceleradamente, ni de manera ciega, como lo aseguraban los neogramáticos. Todo esto lo comienza a ver don Ramón a medida que va rastreando formas lingüísticas en documentos notariales de la temprana Edad Media con el objeto de reconstruir el texto original del Poema. Trabajo arduo, sin duda, pero al cabo de un año lo tiene concluido: texto, gramática y vocabulario del famoso poema épico. Con él participa en el concurso académico, en 1895, y con él obtiene el premio.

Esta obra de concurso, a pesar de haber sido preparada en un tiempo tan breve, fue un fecundo punto de partida para que su autor la fuese ampliando y mejorando hasta obtener, no solo la obra pidaliana que sobre el Cid conocemos, sino también otras muy famosas que por sus relaciones con los asuntos del Poema se desprendieron de ella. Era, pues, aquel trabajo de concurso un ensayo inicial que iría completando, mejorando, ampliando con vivo interés, amor y seriedad científica.

Al año siguiente, 1896, publica otro estudio importante, sobre "Los siete infantes de Lara", con el cual merece otra honrosa distinción de la Real Academia Española de la Lengua. Pero no sólo esto, sino que con él su fama de filólogo traspasa las fronteras ibéricas, y así comienza su correspondencia epistolar con famosos eruditos europeos de la época: Gastón París, Morel Fatio, Mario Schiff, Ducmin y otros.

Tenía entonces el joven filólogo veintisiete años de edad. Aún no había salido de su patria y desaba realizar estudios en

Francia, pero Gastón París lo trataba de disuadir, porque consideraba que ningún método especial podría aprender allí don Ramón para sus estudios. Sin embargo Menéndez Pidal sentía lo que se suele sentir cuando uno se ha formado casi solo, en un ambiente de aridez intelectual, en un país al que todavía no han llegado los progresos científicos desarrollados en otros; por eso insistió, y en 1898 fue a Toulouse para estudiar provenzal y francés antiguo, dirigido por sus amigos Jeanory y Antonie Thomas. Luego, de regreso en España, da clases en el Ateneo de Madrid, pero en 1899 se creó en la Universidad una cátedra que don Ramón consideró, con razón, “un mayúsculo disparate”: “Filología comparada de Latín y Castellano”. No solamente sorprendía el nombre, sino que parecía estar destinada a cierta persona, que, desde luego, no era don Ramón. A pesar de todo, el ya ilustre filólogo se presentó a las oposiciones y ganó la cátedra, que convirtió en lo que debía ser, “Filología Románica”. Ha llegado a catedrático de la Universidad de Madrid, a los treinta años de edad, y con esta seguridad, o estabilidad económica, podrá trabajar en lo suyo con más desahogo y contraer matrimonio.

Aquella muchacha de dieciocho años de edad que junto con otros compañeros lo había acompañado a las excursiones, y que como a él le gustaba la Naturaleza y la caza de romances viejos en el campo, María Goyri, a quien había conocido en un congreso pedagógico, ya estaba destinada a ser la esposa del gran filólogo, y ahora, en 1900, la boda se realiza. Entonces, el viaje de novios; pero ¿a dónde? ¿Acaso a un lugar propicio, como se suele, para la luna de miel? ¿Al sosiego de una alquería? ¿A un cigarral toledano? ¿A una soleada playa? No, el viaje de bodas es un peregrinar por la ruta del Cid, el Campeador, para localizarla, estudiarla y revivirla. Van admirando los recién casados campos y pueblos, fotografiándolos; aquellos paisajes que también admiraría el de Vivar, camino a su destierro; pero además, el matrimonio va comprobando la geografía y el itinerario del Poema, y recoge viejos romances, retenidos por el prodigio de la tradición oral. Qué gratos y sorprendivos hallazgos, como aquel que don Ramón le contó a Carmen Conde, la exquisita poetisa y escritora española, biógrafa del gran filólogo. Esta excursión iba por valles del Ducro, con el objeto de estudiar la topografía del *Cantar*: se detienen los esposos Menéndez Pidal en Osma, el 28 de mayo de ese año (1900), y a doña María se le ocurre decir el romance de la “Boda estorbada” a una lavandera con quien conversaba, y cuenta don Ramón: “La buena mujer nos dijo que lo sabía ella también, con otros que eran repertorio de su canto acompañado del batir de la ropa en el río; y en seguida, complaciente, se puso

a cantarnos uno, con una voz dulce y una tonada que a nuestros oídos era tan “apacible y agradable” como aquellas que oía el gran historiador Mariana en los romances del Cerco de Zamora. El romance que aquella lavandera cantaba nos era desconocido, por eso más atrayente”. Se refería el romance a la pena sentida en España por la muerte del príncipe don Juan, hijo primogénito de los Reyes Católicos. Un romance del siglo XV, desconocido, no registrado en ninguna de las colecciones. Recogido, junto con la música, ese romance, aprendido por aquella buena mujer en un pueblo de Burgos, cuando era una niña, fue después estudiado por doña María y lo publicó en el “Bulletin Hispanique”, en 1904, con el nombre de *Romance de la muerte del príncipe don Juan*, 1497.

Así, en un dichoso y fecundo romance de bodas, revivían los romances castellanos, recluidos, agazapados en pueblos apartados, grabados en el alma y memoria fiel de la tradición, que mantiene en sus folios renovados su autóctono género poético. ¿Romances fragmentarios, con variantes? No importa, que don Ramón y doña María sabrían qué hacer con estos materiales para revivir con precisión el Romancero español.

La fama del joven filólogo ha crecido tanto que ya suena su nombre como posible candidato para miembro de la Real Academia Española de la Lengua. La silla “B” ha quedado vacante, Don Juan Valera piensa que don Ramón sería un excelente candidato para ocuparla, y don Marcelino Menéndez Pelayo también apoya la idea con entusiasmo. La elección se efectúa, y don Ramón queda electo en la sesión del 21 de marzo de 1901. Diecisiete meses más tarde, el 19 de octubre de 1902, lee su discurso de incorporación, una reelaboración filológica de un cuento que había tratado en su tesis de doctorado, sobre las fuentes de “El condenado por desconfiado”, convertido en obra dramática por Tirso de Molina. Don Marcelino Menéndez Pelayo contesta el discurso de don Ramón.

Sigue trabajando con ahínco, sin dormirse en los laureles, aunque haya escalado ya tantos peldaños de la fama y esta sea tan grande en Europa, sobre todo por su obra acerca de *Los siete infantes de Lara*. Trabaja ininterrumpidamente, con toda seriedad científica, en silencio. Los estudios sobre el Cid, la reconstrucción del texto original del Poema, el examen de documentos antiguos para ello, le han proporcionado un material lingüístico valioso y necesario para escribir una obra fundamental, no superada todavía: su Manual de *Gramática Histórica Española*, que se publica en 1904.

Este mismo año viaja por primera vez a América. Ecuador y Perú están a punto de ir a la guerra por motivos limítrofes, pero acuerdan que su disputa se dirima nombrando como árbitro al rey don Alfonso XIII, y el soberano entonces le encarga tal misión a Menéndez Pidal, quien resuelve satisfactoriamente para las dos partes el delicado asunto. En Ecuador viste don Ramón el poncho andino y escala también, como lo hacía en España, las nevadas cumbres de nuestro Continente. Y en Perú asiste a las corridas de toros, y hasta preside una, cuyo cartel conservó hasta su muerte. Ecuador y Perú quedan en paz, y le dan al maestro algo que buscaba, quizá sin sospecharlo: la confirmación de que los romances habían pasado a América y se conservaban también, como en España. En Perú, una versión de "Las señas del marido"; en los suburbios de Santiago de Chile, versiones de muchos otros; en Aconcagua, el de "El galán y la calavera"; en Buenos Aires, cuatro versiones más; en Montevideo, "Mambrú", "Santa Catalina", "Silvana Delgadina" y otros, cantados por unas niñas que jugaban al corro por ahí. Estas pesquisas en América y la correspondencia informativa que mantuvo sobre este asunto con personas de aquí completaron sus estudios sobre el Romancero y originaron su libro, *Los romances en América*, en que se confirma la tradicionalidad de ellos, en todos los ámbitos hispánicos.

En 1908 viene otra vez a América, la de habla inglesa ahora, con el fin de dar conferencias, y en 1913 es nombrado Consejero de Instrucción Pública.

Toda esta época de don Ramón es muy fecunda en producción, honores e iniciativas. Funda la *Revista de Filología Española* y viaja a dar conferencias en Chile y Argentina (1914). Invitado por el Gobierno de Francia, junto con otros intelectuales de España, tales como el Dr. Marañón y Pérez de Ayala, visita el frente de Verdún, y entonces pronuncia en la Sorbona una conferencia que produce admiración en aquellos medios universitarios. Preside el Ateneo de Madrid, y en 1921 se le otorga el doctorado *honoris causa* en la Universidad de Toulouse y en la de Hamburgo. En 1922 visita la de Oxford, que le confiere el mismo honor, como también la de Tubinga, en 1923, y la de París, en 1924, año en que publica *Poesía juglaresca y juglares*. Al morir don Antonio Maura, es nombrado Director de la Real Academia Española de la Lengua, cargo que desempeña de 1925 a 1936. En 1926 publica otra obra lingüística fundamental, sus *Orígenes del Español*, y en 1927 otra Universidad, la de Lovaina, lo nombra doctor *honoris causa*, cuando tiene que ir a Suiza con el fin de que le fuese operada la vista. En 1928 viaja a Munich y Hamburgo, en 1929 publica otra de sus obras famosas: *La España del Cid*. En 1932 y 1935, respec-

tivamente, es nombrado por la Universidad Libre de Bruselas y la de Ginebra doctor *honoris causa*. En 1937 da clases, por breve tiempo, en las Universidades de Burdeos y de la Habana, y en el año académico de 1937-1938 ejerce el profesorado en la Universidad de Columbia, pero antes, en 1934, ya había viajado a dar conferencias en la de Lisboa y Coimbra, y en este mismo año las de Bonn y Bucarest le otorgaron el doctorado *honoris causa*. Vuelve a ser nombrado Director de la Real Academia española de la Lengua en 1937, ahora definitivamente, hasta su muerte.

Y continúa sus viajes de conferencias: a Nápoles y Roma en 1952, para recibir el premio internacional "Feltrinelli", en 1952, y en el año siguiente recibe el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Zurich. En 1955 da conferencias en Spoleto y Palermo, y aquí recibe otro doctorado *honoris causa*.

Madrid, 22 de abril de 1956, una de nuestras fechas memorables. En el palacio de la Real Academia nos congregábamos los representantes de veinte naciones hispánicas con los académicos de España. Esperábamos que se iniciara la primera sesión plenaria. Presentaciones, pláticas amables, fraternales. ¡Y don Ramón Menéndez Pidal allí, entre todos, rodeado por todos sus admiradores, que lo éramos todos! Fue cuando estrechamos por primera vez la mano milagrosa del maestro y conversamos con él, durante los días de aquel Congreso inolvidable, el segundo que celebraban las Academias de nuestra lengua. Días primaverales aquellos, y don Ramón también primaveral, interiormente primaveral con sus ochenta y siete primaveras, trabajando en un libro que habría de aparecer tres años más tarde. Recordamos que recién iniciada la sesión solemne de aquella mañana dominical, don José María Chacón y Calvo, Director de la Academia Cubana, presentó una moción que fue aclamada con entusiasmo: dirigirse a la Academia Suca con el fin de pedir el premio Nobel para el eminente patriarca de la filología española. No se le otorga el premio, pero sí recibe este año el de la Fundación "Juan March". Claro que don Ramón agradeció entonces al Congreso de Académicos la solicitud del premio Nobel para él, y la agradeció después, cuando insistieron las Academias en ello, pero la verdad es que a este formidable valor español jamás lo desveló el ansia de los premios, y menos quizá descó esc, porque así lo declaró categóricamente: "Jamás me ha preocupado y no veo por qué todo el mundo tenga que estar interesado en eso".

En 1963 tuvimos la ocasión de hablar otra vez con el maestro, en el edificio donde se reunía el Primer Congreso de Instituciones Hispánicas, y en el de la Real Academia de la Lengua también. Con su habitual aplomo, lucidez y ponderación

dirigía todavía las sesiones académicas de los jueves, y fue aquella la última vez que estrechamos su mano al despedirnos, ya para siempre.

Todavía en 1964, a los noventa y cinco años de edad, visita el Estado de Israel, no solamente por el placer de viajar, sino, y sobre todo, con el fin de continuar sus labores: para estudiar mejor el romancero sefardí, obtener más datos sobre el judeo-español o "ladino" y establecer relaciones con historiadores de la Universidad de Jerusalén. Este mismo año aparece la publicación de otra obra importante suya: *El padre Las Casas. Su doble personalidad*. Y recibe otro premio, el "Balzán", correspondiente a la "Historia de la Literatura".

En 1965 una trombosis cerebral se encarga de contener los bríos de aquel insigne trabajador intelectual, aunque no del todo, porque a pesar de sus noventa y seis años logra reponerse un poco, aunque no tanto como para seguir asistiendo a las reuniones de la Real Academia y presidirlas. Este año recibe la medalla de oro del trabajo, cuando todavía intenta seguir en él.

En 1968 la Academia de la Lengua Vasca lo nombra su miembro de honor; lo mismo acuerda el Instituto "José Cornide", de la Coruña; el Instituto "Cardenal Cisneros" lo condecora; en el Puerto de Pajares se le erige un monumento; y todavía faltaba un honor más, el acordado en Quito por el Quinto Congreso de Academias. Pero ya la muerte no lo permitió: el 15 de noviembre de 1968 se desploma el roble formidable de las letras españolas, en aquella casa que su dueño instaló en una finquita de olivos, mirtos, jaras, retamas . . . , por donde cotidianamente paseaba para no interrumpir su ejercicio corporal y estimular el reflexivo. Todo aquello debiera quedar como lo dejó don Ramón; así, para que sea un monumento nacional a su memoria. Esa casa de la Cuesta de Zarzal, en que reinó el orden, el amor familiar y el sosiego propicios para el quehacer intelectual que tanto prestigio le dio a España, y aquel retazo de Guadarrama incrustado ya en la expansión suburbana de Madrid, han de quedar intactos, como un santuario histórico de la Hispanidad.

Libros de don Ramón.

Es muy fecunda y copiosa la bibliografía del maestro, producto de una larga vida consagrada por completo al estudio e investigación más rigurosos. Entre su primer libro importante, *La Leyenda de los Infantes de Lara*, publicada en 1896, y *El padre Las Casas. Su doble personalidad*, publicada en 1963, hay un número de obras suyas, importantísimas, que forman verdadera legión.

Es cierto que Dios le concedió muy larga vida a don Ramón para que produjera tanto, clarísima inteligencia también, pero esta dádiva no habría bastado sin el empeño, el entusiasmo y el interés que siempre tuvo en su labor. Nos referiremos, aunque brevemente, a ciertas obras suyas, las más importantes y representativas —a nuestro juicio—; a obras publicadas en volumen, pues reseñarlas en su totalidad sería una empresa larguísima y difícil.

Partiremos de *La leyenda de los Infantes de Lara* (Madrid, 1896), que le valió el “Premio Caballero”, otorgado por la Real Academia de la Historia. Nos referimos a esta obra porque fue la que a los veintisiete años de edad le dio ya renombre universal. Nada menos que Gastón París, el gran filólogo y académico francés, romanista insigne, quedó asombrado ante la obra de don Ramón, a quien felicitó, y en “Le Journal des Savants” escribió dos artículos consagratorios, en que no solo admiraba el resultado, sino también el método riguroso empleado por el joven investigador español para obtener la autenticidad de las conclusiones y comprobaciones obtenidas. Otro profesor insigne del Colegio de Francia, Morel-Fatio, elogió calurosamente la obra —y el método de investigación—, a la que llamó “hermoso libro, el más importante, o mejor, el único importante que se haya publicado sobre la vieja epopeya castellana...” Y refiriéndose al método añadió que es “el que le confiere calidad al libro y en ninguna parte se contradice”.

Pero, ¿cómo se concibió esta obra? Pues como suelen muchas veces concebirse: con frecuencia un cazador va tras las huellas de una pieza que se propone atrapar, y he aquí que da con las de otra sorpresivamente, que le interesa. Don Ramón había obtenido ya otro premio, en 1895, de la Real Academia de la Lengua, por su trabajo sobre el Poema del Cid (*Texto, Gramática y Vocabulario del Poema del Cid*), pero no quiso dejar esta obra sin las enmiendas a su nueva edición del manuscrito del Poema, que había tenido que reconstruir en el término limitado de un año, y para eso siguió investigando. Primero trató de comprobar la geografía del Poema, como antes había comprobado la historicidad de sus personajes, y para esta empresa recorrió los lugares nombrados en la obra. Luego siguió consultando las *Crónicas* (ya para la restauración del texto del Poema había examinado la *Crónica general de España*), y para estas consultas lo ayudó Navarro Ledesma, un amigo suyo, bibliotecario de Toledo, quien le sirvió de guía entre la selva de las *Crónicas*. Estaba don Ramón en esa labor de consulta y examen, cuando surgió la sorpresa, lo casual e inesperado: en una crónica, ¡un códice revelador! Uno de sus capítulos comenzaba con el nombre de un capitán moro, escrito con gran-

des letras, como se solía. El nombre de este capitán no aparecía en la *Primera crónica general*, pero sí en un romance del siglo XVI. El capítulo del código comenzaba así: “*Alicante* desque pasó el puerto...” Y el romance dicho con el verso siguiente: “Pártese el moro *Alicante*...” Había relación pues, entre el *Alicante* del código con el del romance, de los Infantes de Lara, y un texto épico medieval. Inmediatamente don Ramón intuyó que la epopeya castellana no había tenido una vida tan breve en España como lo había afirmado Milá y Fontanals en su *Poesía heroica popular castellana*, y esto colocaba al investigador en un campo más interesante y adecuado para sus pesquisas. Y en las Crónicas fue rastreando varios cantares de gesta (prosificados) de los Infantes de Lara, para luego estudiar lo que la épica francesa le ofreciera para completar sus conocimientos sobre la española: *la Histoire poétique de Charlemagne*, de G. París; *Origini dell’ Epopea Francese*, de Pío Rajna; *Histoire poétique des Merovingiens* y otras más. Así elaboró esta obra fundamental sobre los Infantes de Lara que le dio a partir de su publicación —costeada por su madre— tanto prestigio internacional, y le proporcionó amistad y correspondencia epistolar con eminentes filólogos europeos. Menéndez Pidal quedaba consagrado como uno de los más notables investigadores de Europa, gracias a sus propios métodos, rigurosos e inobjectables.

El Cantar de Mio Cid. Texto, Gramática y Vocabulario es otra de sus obras maestras. Ya hemos dicho cómo se concibió. Ahora veamos de qué manera se fue desarrollando esta estupenda criatura. Por aquellos mismos días de mayo en que se doctoraba don Ramón (1892) abrió la Academia Española un concurso acerca de la *Gramática y Vocabulario del “Poema del Cid”*. Entonces don Ramón resolvió trabajar sobre el tema para concursar, pero consideró necesario ampliarlo con ofrecer también el texto de la obra, no el que únicamente existía, del siglo XIV, que era una copia alterada de otra anterior, y entonces consideró necesario restaurar el texto original, acudiendo a documentos notariales de los siglos XI y XII. Así consiguió presentar el trabajo al concurso, pero ya se ha dicho en otra parte que solo fue una labor inicial, realizada en un año, y que decidió continuarlo consultando las *Crónicas* y recorriendo los lugares nombrados en el Poema, no solo para comprobar el sitio donde se había escrito, sino también el itinerario seguido por el Cid. Así llegó a la conclusión de que el juglar escribió la obra épica en Medinaceli, fuera de Castilla la Vieja, y en un dialecto, por consiguiente, que no era castellano. Así mismo comprobó que la métrica no era octosilábica, según la teoría de Cornu, sino irregular.

Pero, ¿por dónde empezar para que la copia del siglo XIV pudiera ser leída con facilidad? ¿Y cómo lo obtuvo don Ramón? Véase primero la odisea del único manuscrito existente: en el siglo XIV hallábase en el Archivo del Consejo de Vivar, y de aquí pasó a un convento de monjas de aquel pueblo, de donde lo obtuvo Eugenio Llaguno para que lo publicara, en 1779, Tomás Antonio Sánchez; pero Llaguno se lo dejó, y en su poder fue donde lo consultó Pellicer trece años después. Muerto Llaguno, sus herederos lo pasaron a Pascual de Gayangos; aquí lo conoció Damas Hinard, y según se cree se envió también a Boston donde lo estudió Ticknor. Más tarde lo adquirió el marqués de Pidal, y entonces fue cuando lo estudió Florencio Jancr. Por último lo heredó Alejandro Pidal, en cuyo poder lo estudiaron Vollmöller, Baist, Huntington y don Ramón Menéndez Pidal. Al manuscrito le faltaban hojas, tenía partes ilegibles, manchas pardas y oscuras, había sido maltratado con reactivos, y don Ramón tuvo que aclarar aquello con otros procedimientos químicos; pero era necesario reconstruir lo que definitivamente faltaba del Poema estudiando las Crónicas en donde se hallase prosificado. Este sí fue un trabajo difícilísimo: había que viajar a León en busca de documentos, y aquí revolver el confuso hacinamiento de los mismos, escoger los del siglo IX, los del siglo X, estudiarlos con cuidado, siempre guiado por su instinto de atender los problemas colaterales al asunto que se investiga, pero sin detenerse en lo vano e innecesario. De esta manera fueron penetrando rayos de sol en aquella selva espesa, poco menos que impenetrable, hasta que quedó concluida esta obra meridiana, formidable, publicada en tres voluminosos tomos: *Cantar de Mio Cid. Texto Gramática y Vocabulario*, entre 1908 y 1811.

Pero desde que aquel premio de la Real Academia, en 1892, lo estimuló al trabajo filológico sobre el "Poema del Cid", simultáneamente lo obligó también a emprender y continuar trabajos lingüísticos sobre nuestra lengua, y así obtuvo los materiales y conocimientos necesarios para producir otra obra importante, fundamental, de permanente vigencia: *Manual de Gramática Histórica Española*, publicada en 1904. Y luego, como producto de los mismos estudios filológicos acerca del Cid, otra, que será igualmente un vengro de constante consulta de lingüística histórica románica: los *Orígenes del Español*, publicada en 1926. Del quehacer filológico sale la lingüística, del quehacer lingüístico, se aclara la filología: filología y lingüística, divorciadas por celos en el siglo XIX, se unen, se complementan, se apoyan y explican mutuamente. La obra magistral de don Ramón es el modelo de tan fecundo y bien ave-

nido matrimonio científico. Pensamos, a propósito, en don Ramón y doña María, unidos en la obra que dejaron y definitivamente en el más allá.

Y del romance de bodas, los romances; del matrimonio, muchos hijos, además de Jimena, Ramoncito, Gonzalo. De aquel matrimonio, celebrado en 1900, cuyo viaje de novios fue por la ruta del Cid, parando aquí y allá para estudiar, habría de aparecer lo que durante centenares de años había conservado el pueblo castellano en su corazón. Era necesario el hallazgo sorpresivo, como el de aquel romance que brotó en Osma, cuando cantó la oportuna lavandera, para que se contradijera lo sostenido por don Marcelino Menéndez y Pelayo: que los romances habían desaparecido casi por completo en la región central de la Península Ibérica, o sea en las provincias castellanas. El romance de aquella mujer era revelador, pues se refería a la muerte del príncipe don Juan, desconocido, inexistente en las colecciones, del siglo XV, que conservaba las circunstancias históricas y el dolor que causó en España la muerte del primogénito de los Reyes Católicos. El descubrimiento avivó la pasión de los recién casados para seguir buscando más romances, aunque al principio con dificultades que luego fueron vencidas por el método que se ingenió el investigador. Y así en aquella vieja ciudad de Osma, se recogió el romance revelador, con su música, aprendido por la complaciente cantora, siendo niña, en la Sequera, pueblo de Burgos. Y también fueron recogidos otros romances por don Ramón y doña María, en aquel lugar, y más todavía en otros pueblos de Atienza.

Labor difícil fue aquella, porque había que luchar contra el pesimismo e incredulidad de amigos y contertulios que negaban la existencia de romances en tierras castellanas; contra desengaños en la pesquisa; contra la esquivéz y reservas del pueblo. Pero la fe y el método de don Ramón tenían que triunfar, y continuó sus viajes de explotación, ya por el valle alto del Lozoya, donde halló muy buena cosecha; ya por los pinares de Las Navas del Marqués, donde recogió el bello romance de Gerineldo; luego por Segovia, e incluso por Sudamérica. Indagando en todas partes y por todos los medios, el tenaz cosechador logró que se asomara el Romancero, escondido en las entrañas del pueblo, para estudiarlo con esmero y amor, y publicarlo en libros, folletos y revistas: *Romance de la muerte del príncipe don Juan*, 1947 (de doña María, en el "Bulletin Hispanique", 1904), *Un nuevo romance fronterizo* (Génova, 1900), *Romance del nacimiento de Sancho Abarca* (París, 1910), *El romancero español* (Nueva York, 1910), *El Cid. Romances viejos* (Madrid, 1915), *El Romancero: Teorías e investigaciones* (Madrid, 1928), *Los orígenes del Romancero* (1914), la deliciosa *Flor*

nueva de romances viejos (Madrid 1928) y el *Romancero Hispánico* de 1953. Poesía épico-lírica, guardada en el corazón del pueblo español; tradición épica, reelaborada en el alma popular con adobos de lirismo; poesía que también suele a veces tornarse dramático-lírica.

Pero también la historiografía. Filología y Lingüística histórica. El tiempo y las obras de los hombres en el tiempo. De ahí no solamente el *Romancero*, el *Cantar de Mio Cid*, *Los infantes de Lara*, el español en su niñez de *Orígenes del Español*, y en su desarrollo del *Manual de Gramática Histórica Española*, sino también esa obra importantísima que se llama *La España del Cid*, la que tanto apreciaba y quería don Ramón, junto con los *Orígenes del Español*, después, y *Flor nueva de romances viejos*. A nosotros los lectores, sobre todo si nos inclinamos un poco más a lo poético, nos agrada la *Flor*, pero don Ramón la quería —también poeta— porque en su elaboración había tenido la filial ayuda de Jimena, en aquellos días sombríos de su ceguera temporal.

La obra de Menéndez Pidal que hoy vemos cuajada en tantos libros, claros, diáfanos, es el resultado feliz de un vigoroso, constante, inteligente y apasionado esfuerzo. Cuando nosotros, los americanos, nos quedamos casi pasmados ante la obra exploratoria y de conquista que llevaron a cabo los españoles, nos preguntamos, perplejos, cómo pudieron realizarla. Pues lo mismo nos ocurre a quienes hemos leído, y en parte estudiado, la obra de Menéndez Pidal. Como aquellos intrépidos e infatigables conquistadores de América, don Ramón fue penetrando en la tupida y enmarañada selva de las crónicas, los documentos notariales, la poesía popular y tradicional de su patria, para descubrirla, desentrañarla, conquistarla y ordenarla con acertados métodos, paciencia y profunda emoción. Clasificó las crónicas del siglo XII al XV, que tantos hallazgos y sorpresas le proporcionaron al estudiarlas; rastreó en los documentos notariales y otros de aquellas edades para obtener los *Orígenes del Español*; de la *Crónica del Cid*; y así sucesivamente, hasta lograr esa obra formidable que nos dejó. Es tan copiosa que solo como una mera tentativa la ofrecemos en este Boletín.

Las teorías de Menéndez Pidal.

En el curso de su prolongada labor de investigación, en la que por primera vez se aplicaban en España los métodos positivistas, rigurosos, para esta clase de estudios, fue llegando a conclusiones teóricas muy suyas que contradecían las de otros sabios europeos. De esta manera formó escuela, una bien cimentada y auténtica escuela de filología española. Pero es necesario advertir

que la aplicación de los rigurosos métodos positivistas no engendraron obras muertas, rígidas y frías; todo lo contrario, estas obras de don Ramón están llenas de vida: la suya está en ellas, y en los personajes restituida plenamente. En la *España del Cid*, por ejemplo, Rodrigo Díaz de Vivar, el rey Alfonso VI y otros aparecen como verdaderos hombres que sienten, piensan y actúan, y no meros nombres de personajes inertes. La historia medieval española se aclara, palpita y respira con Menéndez Pidal; se ponen de manifiesto sus valores personales y colectivos, se integran estos a los permanentes, que con aquellos se afianzan y estimulan, y así todo se aglutina para determinar la cohesión espiritual de España. Todo, merced a la taumaturgia de don Ramón.

Ese recoger acucioso de romances y múltiples variantes de romances llevó al fino investigador a la conclusión de la tradicionalidad de tales poemas. Pero también supo distinguir la poesía "de lo estrictamente *popular* y de lo *tradicional*", deslinde muy necesario para determinar la poesía tradicional con exactitud. Hay poemas que se popularizan, gustan al pueblo y este los repite sin alterarlos, consciente "de que son obra ajena, y como ajena hay que respetarla al repetirlos". Pero esta poesía popular, o popularizada, no es tradicional. En cambio la "más encarnada en la tradición, más arraigada en la memoria de todos", que "el pueblo la ha recibido como suya", colectiva, "y sobre un territorio determinado, es la poesía propiamente *tradicional*, bien distinta de la otra meramente popular".

Tal es el caso de los romances que recogió y estudió Menéndez Pidal, y de ahí su teoría de la tradicionalidad, no solo de esa poesía popular, sino de la misma épica, contra la opinión de muy renombrados colegas europeos. John Meier, por ejemplo, decía que existe una canción popular, pero no una epopeya popular, a causa de su tamaño, y menos una epopeya tradicional. Sin embargo don Ramón opinaba que "la epopeya alcanza también un grado de tradicionalidad, no tan íntima y activa como la canción breve, pero esencialmente idéntica". La diferencia, para él, es que se trata de una *literatura tradicional escrita*, mientras que las canciones breves pertenecen a la *tradición oral*. Confirma su teoría con los ocho manuscritos conocidos de la *Chanson de Roland*, que no son meramente copia el uno del otro, sino diferentes refundiciones, "cada uno representa un estado nuevo y único de redacción" (1).

(1) Lo que hemos venido poniendo entre comillas son palabras textuales de Menéndez Pidal, dichas en su conferencia leída en la Universidad de Oxford, en 1922. Ver *Los romances de América*, "Col. Austral", Espasa-Calpe, págs. 51 y ss.

Esta teoría de don Ramón se oponía, como se ve, a la existente sobre la epopeya, reforzada por hombres de tanto prestigio filológico como Bédier, Meier, Foulché-Delbosc y otros. Este, precisamente, publicó en 1912 un folleto sobre los orígenes del Romanero, en que atacaba con acritud y burla a don Ramón por sus ideas expuestas al respecto en su libro *L'Épopée castillane* (París, 1910). El joven filólogo español contestó la andanada mucho tiempo después con argumentos incontroversibles, de un modo eminentemente científico, y así apabulló a su destemplado y orgulloso adversario (2).

Sin embargo la teoría de la tradicionalidad de las *chansons de geste* no fue totalmente compartida, pues no solo continuaron creyendo algunos que se debía a un poeta único, aunque otros modificaron un poco esta teoría *individualista*. Pero don Ramón siguió manteniendo la suya, junto con los que ya le habían dado la razón, como Fautier, Lejeune, Lot, Vossler y otros ilustres filólogos, hasta que al fin se resolvió a la batalla final en 1959, preparada en el curso de cinco años, o sea de 1954 a 1959. Fue verdaderamente asombroso que un hombre, a los 85 años de edad, emprendiera una labor tan ardua y se decidiera a dar una batalla tan a fondo contra la muy arraigada teoría de Bédier y sus prosélitos; que trabajara en ello con el brío que no tienen muchos jóvenes; y que al cabo de un lustro coronara su extraordinaria labor con una obra como *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*, publicada en 1959, cuando cumplía 90 años de edad.

Pero, ¿de dónde procedió el impulso para esta obra? Pues de un feliz hallazgo, como lo hemos dicho: don Dámaso Alonso dio por casualidad, mientras buscaba otras cosas, con un manuscrito de hacia 1070, cuyo texto latino era un resumen de *La Chanson*. El hecho de tener el manuscrito alrededor de treinta años más que la obra épica francesa constituía un argumento importante contra la teoría de Bédier. En 1953 don Dámaso publicó el texto descubierto, bajo el título de "Nota Emilianense", porque lo encontró en el convento de San Millán. Esta "clara noticia" despertó en don Ramón los arrestos y la idea de emprender la obra dicha, con el propósito de afianzar su teoría, que por tantos años había sostenido, y el remate asombroso de la obra se reveló al cabo de cinco años, cuando su autor cumplía sus noventa años de vida.

Pero, antes de aparecer este libro, don Ramón había dado la batalla en varios lugares, como en Lieja y Pamplona (1957), luego en Poitiers (1959), frente a distinguidos adversarios, cuyos

(2) Op. Cit. págs. 101 y ss.

argumentos fue deshaciendo en aquella calurosa y acalorada mesa redonda. Y así la teoría de la tradicionalidad y popularismo de la épica y del Romancero español quedó confirmada.

El magisterio de Menéndez Pidal

Bien conocido es el fecundo magisterio de don Ramón. Todos sabemos que mientras cosechaba copiosamente, distribuía su cosecha y simiente, no solo a través de sus obras, sino en la cátedra, conferencias y congresos, academias y ateneos. Longevidad gloriosa y fecunda la suya, sin estridencias; labor fructífera de abeja, con medida y equilibrio; método riguroso y nítida visión para escudriñar la oculta verdad histórico-literaria. Todas estas cualidades excepcionales de investigador le hicieron posible tan abundante cuanto eminente obra filológica, lingüística e histórica. El equilibrio intelectual, emocional y volitivo de don Ramón que se manifiesta en sus libros es reflejo del que tuvo en su conducta y en sus intervenciones como profesor, conferenciante o miembro de juntas y congresos. "Por sus obras los conoceréis", y ciertamente: el equilibrio mental y emotivo de Menéndez Pidal está manifiesto en el resultado de su labor, en su prosa equilibrada, nítida y sencilla; claro espejo de su pensar, querer, sentir y vivir.

Pero si don Ramón se conoce bien a través de sus libros, folletos, artículos de revistas y boletines, discursos y prólogos, como profesor en la cátedra solamente lo conocieron sus discípulos. Uno de ellos, el señor Sánchez Cantón, publicó en el ABC del 19 de marzo de 1959 un artículo en este sentido, con el título de "La lección de su sencillez". Referíase al curso de 1910 y 1911, cuando el autor del artículo frecuentaba entonces la cátedra de don Ramón, y decía: "En aquel curso de 1910 y 1911 sólo estábamos matriculados tres alumnos oficiales: el mercedario gallego fray Guillermo Vázquez, mártir del Madrid de agosto de 1936, que, además quemó su manuscrito acabado del segundo tomo de la magnífica *Historia de la Orden*; Gonzalo Díaz López, que con aficiones arábicas y vocación literaria, vio transcurrir su vida ejemplar en la Secretaría del Museo de Reproducciones Artísticas, y yo. De las tres clases semanales, teníamos dos en el edificio de la calle de San Bernardo, en su ruidosa crujía de la de los Reyes, mientras la tercera se daba en la Sección de Filología del inolvidable Centro de Estudios Históricos, recién instalado —es un decir— en el bajo del Palacio de Bibliotecas y Museo, en el ángulo formado por el Paseo de Recoletos con la calle Villanueva. En torno de una mesa de barnizado pino, sobre suelo de cemento, nos sen-

tábamos en duras, incómodas e iguales sillas don Ramón, los alumnos y varios colaboradores; recuerdo a Navarro Tomás, a Américo Castro, a Justo Gómez Ocerín —que había de ser embajador en el Quirinal— y a Federico Ruiz Moncuerde, estudioso, que se malogró siendo archivero del Ministerio de Asuntos Exteriores. Las clases, ya en la Universidad, ya en el Centro, transcurrían sin el menor engolamiento. Sobre cualquier punto hablaba el que tuviera algo que decir, o quien creyese que podía decir cosa aprovechable. Desconcertábanos, mientras no nos habituábamnos, que a menudo repitiese don Ramón: “Miraré en el fichero, y ya se lo diré”; “Lo he sabido, más no lo recuerdo” y otras frases tan sinceras y poco doctorales como éstas (nótese la época en que corrían estas minucias, cuando la gravedad universitaria se avergonzaba con declaraciones semejantes)”. Lección formidable de don Ramón, del sabio, para los engreídos y engreidillos que suele haber, y no pocos, en las Universidades, todavía.

Pero continuemos con lo que decía el artículo de Sánchez Cantón: “Si nos extrañaba y nos sorprendía cuanto va dicho, calcúlese nuestro asombro al ver que el maestro recogía y anotaba observaciones o datos de los alumnos; al comprobar que, a los dos meses, “hacíamos” Filología comparada, etc. En el Centro, el trabajo de la clase distaba todavía más del empaque o de la campechanía al uso, según los casos: Navarro Tomás, leía, traduciendo del alemán, la *Gramática Histórica* de Hanssen, y don Ramón, como los demás, comentaba, preguntaba, aclaraba, dudaba”. Y después de punto y aparte continúa el artículo: “Aquella seria sencillez contribuía, cual ningún método de enseñanza, a la formación de los discípulos. Aunque la vida los condujo luego por caminos alejados de la Filología, quedaba impreso en su espíritu el desdén por lo aparatoso y lo grandilocuo, el aprecio por cuanto todos pueden aportar, la desconfianza ante las teorías, incluso las formuladas por especialistas famosos galos y tudescos, el valor del esfuerzo personal y otros principios que hoy nos parecen obvios”.

¿No es acaso este comportamiento pedagógico una espléndida lección que debieran imitar los profesores? Conocemos a algunos de sus discípulos que siguieron la carrera del profesorado y las huellas del maestro. Pensamos en Alonso, Lapesa, Navarro Tomás... Ninguno se ha calzado el alto coturno, tampoco la máscara resonadora (persona de vanas resonancias) de la teatralidad, porque son verdaderos maestros, con auténtica personalidad. Ni pedantes ni engreídos. En ellos se ven los resultados de la positiva y sapientísima lección de sencillez que con su ejemplo les dio el maestro.

¿Uno del 98?

¿Pertenece Menéndez Pidal a la generación del 98? No importa que él mismo no se considerase perteneciente a ese grupo tan selecto de escritores. Por la coincidencia histórica de su vida, propósitos, manera de proceder y escribir, ideas y sentimientos, a don Ramón se le debería ubicar en esta generación. ¿No es acaso España el tema principal de sus preocupaciones, trayendo a nuestra época los grandes valores primitivos de la historia y literatura españolas, actualizándolos, y volviendo así mismo sus ojos a Europa? El haber internacionalizado sus obras, merced a su rigor científico, ¿no fue también una clara coincidencia con las ideas de aquella generación? Y ese traer el pasado al presente, con miras al porvenir; esas dos tendencias, tradición y renovación, ¿no son normas de la misma generación?

Dámaso Alonso ha dicho en uno de sus tantos artículos sobre don Ramón (*Del siglo de oro a este siglo de siglas*, pág. 113): “Muchas veces se ha señalado cómo la “del 98” representa una apertura de la conciencia española (bastante confinada en esos finales del siglo XIX) a los vientos universales del espíritu contemporáneo. Pero el confinamiento en el campo de la creación literaria era solo relativo (obsérvese, por ejemplo, cómo el naturalismo había podido penetrar, hacia 1880 —es decir, con muy pequeño retraso, en España). En Filología, y, naturalmente, lo mismo en la rama especial de la Lingüística, sí que el aislamiento había sido casi absoluto. La misión primera de Menéndez Pidal coincide, en este sentido, con la generación del 98. Y también coincide con ella en una curiosa consecuencia: esas “europeizaciones” van a traernos como resultado una más profunda comprensión de los modos y sentires de España. La indagación en las raíces más profundas de la historia trae consigo un amor desenfrenado a lo tradicional. En amar a España, en comprenderla, en su continuidad, en sentirla, aun físicamente, no creo que nadie ceda a Menéndez Pidal. Y en ese amor participamos apasionadamente todos sus discípulos”.

Hay que leer “La España Unica”, parte del tomo primero de *La Historia de España* que dirigió don Ramón, para ver su noble anhelo de unificación, alentado por un benéfico espíritu de tolerancia. Y otra vez aquí el equilibrio de forma y pensamiento, la ecuanimidad conceptual, afectiva y expresiva de quien, a pesar de conocer el espíritu español de todos los tiempos, quizá precisamente por ello, sueña con “el espíritu de comprensiva convivencia” que haga posible “a los españoles de disconformes

ideas, de dispersas regiones, confraternizar sus intereses en complejos propósitos de amplia dimensión hispánica”.

Es el pensamiento evangélico de aquella generación, dicho serenamente; el mismo del otro gran maestro, Giner de los Ríos, su antecesor en la presidencia de la Junta para la Ampliación de Estudios, quien “soñaba con un nuevo florecer de España”, como de él cantó Machado en su elegía. Léanse al menos algunas frases de don Ramón (obra citada): “La dura realidad de los hechos, la tolerancia, valioso don histórico que la experiencia de los más nobles ha obtenido y que no puede ser cancelado por el extremismo colectivista tan extendido hoy por el mundo. No es una de las semiespañías enfrentadas la que habrá de prevalecer en partido único poniendo epitafio a la otra...” Y más adelante: “El dolor de España única y eterna, entrando en todos los espíritus que se elevan a una consideración histórica por cima de tantas convulsiones pasadas, traerá la necesaria reintegración, a pesar de la tremenda borrasca de antagonismos inconciliables que azota al mundo. La normalización de la vida exigirá, mañana mismo, ideas de convivencia por las que cada español, movido de fecunda simpatía hacia su hermano, deje agitarse dentro de sí las dos tendencias, tradición y renovación, las dos fuerzas que siempre han de compenetrarse, impulsando los más beneficiosos aciertos, las dos almas contradictorias que siente dentro de sí todo el que pugna en los altos problemas y aspiraciones de la vida (*zwei, Seelen wohnen, och! in meiner Brust*), las dos almas que decía Unamuno llevar en su pecho, de un tradicionalista y de un liberal en inacabable y siempre fructífera discusión...”

Sí, podría ser que don Ramón no se considerase literato ni ensayista a la manera de aquellos hombres del 98, sino más bien científico; pero lo cierto es que coincidió con ellos en muchos puntos. Además, ¿no fue acaso escritor? Nosotros consideramos que lo fue, y de los buenos. Erudito, científico, sí, pero no seco, de prosa alaste, sin vida. Ya trataremos este punto más adelante.

En fin, también nosotros consideramos a Menéndez Pidal otro valor del 98, aunque solo fuera por la manera de amar a España, y por concebirla una sola en su diversidad; por haber amado su paisaje, vivificado su pretérito, divulgado sus valores y enseñado para su futuro.

Don Ramón escritor

Leímos alguna vez un artículo, publicado en la prensa nacional, referente a don Ramón. El autor elogiaba la obra del maestro, reconocía su eminente valor, pero tuvo la ingrata fortuna

de considerarlo un escritor muy poco cuidadoso de su estilo. Como estos juicios, emitidos así, tan a la ligera, suelen considerarse el *ipse dixit* por los que no juzgan solos, ni leen con cuidado para examinar bien lo que leen, nosotros queremos referirnos, aunque sea muy someramente, a la prosa de Menéndez Pidal.

Desde luego que don Ramón no escribió quizá pensando en "hacer literatura". Sería necedad el tratar de buscar en su prosa el arte literario de la novela o el cuento; y menos aun el de la poesía.

Un científico, un hombre que trate de explicar y expresar asuntos de orden más bien didáctico que literario, no escribirá con la intención de un novelista, de un cuentista o de un poeta. Jamás podríamos imaginarnos a don Ramón sentado frente a su escritorio pidiéndoles inspiración a las musas para "hacer literatura", pero sí tratando de escribir como escribió, con ese equilibrio entre forma y pensamiento, y esa ecuanimidad conceptual y expresiva. Prosa equilibrada, sencilla, precisa, nítida y amena; reflejo fiel de su manera de ser, proceder y vivir. Hasta cuando expone los más intrincados temas, la prosa de Menéndez Pidal parece que discurre sin precipitación, tranquila, clara, sin tropiezos ni saltos; no hay en ella sumideros ni rebalses, pero tampoco superficialidad. Su transparencia deja ver el fondo, al parecer muy a la mano del lector, a quien acerca a él por mucha que sea la hondura.

Pero mejor nos hacemos a un lado para cederle el lugar a un eminente profesor del Colegio de Francia, Morel-Fatio, quien escribió sobre *La leyenda de los siete Infantes de Lara* lo siguiente, después de elogiar el método y conocimientos de Menéndez Pidal en esta materia: "Tal es este hermoso libro, el más importante, o mejor, el único importante que se haya publicado sobre la vieja epopeya castellana... El estilo merece también grandes elogios; es de una limpieza y de una precisión notables que apreciarán los que saben en qué medida el castellano se presta a la discusión de problemas a menudo complicados y arduos. Y este rigor no entraña ninguna sequedad: Menéndez Pidal ha sabido hacer alarde de un gusto literario delicado y de un adiestrado tacto..."

Hasta en la exposición de materias tan áridas como la lingüística histórica, don Ramón fue claro, fácil y ameno. Tampoco lo decimos nosotros solamente, sino muy calificados intelectuales europeos, como A. Wallenköld, cuando se refirió al *Manual de Gramática Histórica Española*, ese "vademecum de los hispanistas" según Morel-Fatio. Wallensköld alabó el estilo sobrio del *Manual* y dijo que "este libro se lee con verdadero placer". Más

tarde Cesare De Lollis, refiriéndose a esta misma obra en el "Giornale d'Italia", la consideró "*bellissima Grammatica Spagnola*".

En fin, menudearían los testimonios para confirmar que la prosa de Menéndez Pidal tiene un estilo propio, conciso, claro, sencillo, sobrio, preciso. Y si esta manera de escribir agrada tanto, ¿carecerá de belleza? Por eso nos disgustó mucho el juicio emitido tan doctoralmente, hace algunos meses, en un diario de nuestro país. Esas desventuradas opiniones, dichas como *ex-cathedra*, suelen aceptarse y seguirse repitiendo a ciegas, injustamente.

Menéndez Pidal y América

Don Ramón tuvo su primer contacto directo con América en 1904. Ya dijimos en su biografía sucinta que fue comisionado aquel año por Alfonso XIII para que viniese a intervenir entre Perú y Ecuador, cuyas fuerzas militares ya estaban luchando para liquidar así el asunto de límites entre dichos países. Ningún hombre más ponderado, justo y prudente pudo haber encontrado el Rey para que arbitrara entre dos naciones que habían tenido batallas tan sangrientas como la del 28 de junio de 1904. Lo primero que hizo don Ramón fue negarse a intervenir mientras no se suspendieran aquellas luchas; y logrado esto, inició su labor conciliadora con el tacto y prudencia que a veces les falta a los políticos. Así logró que en enero de 1905 se firmara en Quito un acta por el ministro de Asuntos Exteriores del Ecuador, él mismo, como árbitro, y los representantes peruanos. Este documento, llamado por el ministro del Ecuador "Pacto Pidal-Valverde-Cornejo", fue la base del arreglo definitivo.

Exitosa fue la misión conciliadora del joven filólogo; provechosa para Ecuador y Perú, que reanudaron sus fraternales relaciones, satisfechos con el arbitraje. España, encarnada en don Ramón, ponía en paz, con equidad y afecto, a dos de sus vástagos americanos. Pero también el viaje de Menéndez Pidal fue provechoso y fructífero para la filología española, porque lo aprovechó el maestro para comprobar que sí había romances tradicionales en América. Con muy buenas razones se decía que aquí sí habían desaparecido los romances orales: don José María Vergara lo negaba en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada* (1867) Adolfo Valderrama en su *Bosquejo de la poesía chilena* (1866), también; asimismo don Agustín de Azara, en su *Historia del Paraguay y Río de la Plata* (1906), y otros. Pero don Ramón aprovechó su estada en Sudamérica para comprobar una u otra cosa, e interesó en sus pesquisas al propio Dr. Cornejo, el mismo que firmó el *Pacto* que sirvió de base para

lograr el arbitraje, y este consiguió en breve tiempo una versión oral de *Las señas del marido*, que tenía indudables rasgos arcaizantes. Don Ramón vio en este hallazgo un indicio halagador de la cosecha que luego habría de obtener en Chile, donde lo esperaba el poeta Vicuña Cifuentes con algunos romances de tradición oral que le había recogido, y con él recorrió los suburbios de Santiago, donde recogió más versiones. Todavía el profesor don Agustín Cannobbio le suministró una más, recogida en Aconcagua, de *El galán y la calavera*. Pasa de aquí a Buenos Aires, a mediados de 1905, donde tomaría el barco de regreso a España, y obtiene cuatro versiones. Luego en Montevideo, durante las pocas horas que allí se detuvo el barco, recogió varias que para su grata sorpresa cantaba un corro de niñas: "Mambrú", "Silvana-Delgadina", "Aparición de la amada difunta" y otras.

A pesar de tan reveladores hallazgos, hubo todavía quienes dudaban y hasta negaban la existencia de romances conservados por la tradición oral en América; pero don Ramón estaba ya seguro de que existían, y la correspondencia con hispanoamericanos se lo fueron confirmando, aún más, porque la verdad es que ya tenía en su poder suficientes versiones de varios romances conservados por la tradición oral: *Las señas del marido*, *Mambrú*, *Blanca Flor y Filomena*, *Silvana-Delgadina*, *Don Gato* y otras. Ahora, ya en Madrid, a mediados de 1906, recibe cinco versiones de Córdoba y Tucumán que le envía el escritor A. Rodríguez del Busto, y Antonio Gómez Restrepo, lo mismo que el padre Pedro Fabomtan, de Colombia, le envían otras versiones recogidas en ese país.

Vuelve don Ramón a Buenos Aires en 1923, para inaugurar el Instituto de Filología de la Universidad que tan importante labor realizó hasta el arribo de Perón al Poder. Luego, en 1937, permanece unos días en La Habana para dar algunos cursos. Aquí tendría, no hay duda, ocasiones de conversar con el gran amigo de España, presidente de la Academia Cubana de La Lengua, don José María Chacón y Calvo, quien descubrió muchos romances, iluminado por la obra de don Ramón.

En fin, hallazgos fecundos de romances en América. Encontró aquí el viejo tesoro escondido, como lo había encontrado en España. Romances tradicionales, con el aporte americano, con fisonomía mestiza. España en América, España y América fundidas. ¿Con que no hay romances en España? Pues a ver... Y fueron apareciendo por centenares. ¿Que no los hay en América? Y don Ramón los halló en Perú, Chile, Argentina, Uruguay, Colombia... Es que ningún estudioso los había buscado en las fuentes populares, donde permanecían latentes. ¿Cómo no sentirse don Ramón atraído por América? En ella pensaba siempre, con entrañable afecto.

Aún en 1964, cuando tenía don Ramón 96 años de edad, había dispuesto formar parte de la delegación española de académicos que asistiría al Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española, que se reuniría en Buenos Aires. Confiaba en que también su médico y amigo el Dr. don Gregorio Marañón asistiría, pero la muerte impidió la asistencia del ilustre médico y que el escritor volase a Buenos Aires. Lamentó muchísimo el Congreso la ausencia de las dos preclaras personalidades, y en la sesión preparatoria el académico argentino don Fermín Estrella Gutiérrez propuso un homenaje a don Ramón en los siguientes términos: "Hay una personalidad en la cultura de nuestro tiempo que, por su trascendencia y magnitud, no debe a mi juicio estar ausente en este momento en que empieza el Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española. Me refiero a don Ramón Menéndez Pidal. Sería ocioso decir algo para lo que voy a pedir. Y es que el Congreso, como una de sus primeras resoluciones, envíe a este escritor y trabajador extraordinario, que tanto ha hecho por la cultura española y por la cultura sin fronteras, un mensaje de salutación y de adhesión". Habló entonces don Dámaso Alonso: "Aprovecho la ocasión para transmitir al Congreso el saludo cordial y emocionado que nos entregó para ustedes en Madrid, verbalmente, don Ramón Menéndez Pidal. Los miembros de la Comisión española hemos podido ver el interés verdaderamente vehemente, la emoción y entusiasmo de don Ramón, con sus noventa y seis años juveniles, y las esperanzas que ha puesto en esta reunión. Tengo mucho gusto en testimoniar esta sincerísima, verdaderamente auténtica y emocionada adhesión de don Ramón Menéndez Pidal". Con una salva de aplausos quedó aprobada la moción, y se le envió el saludo acordado (Resolución I) a don Ramón, quien contestó: "Excelentísimo Sr. don José Oría, agradezco felicitación personal y agradezco Academia homenaje y saludo Congreso Academias".

Sí, don Ramón pensó siempre en América, porque veía en ella una prolongación de España, y América, junto con España, lo seguirá venerando. Y la Academia Costarricense de la Lengua enluta su palabra, expresión de su alma consternada.

Cien Años de Filología

León Pacheco

Don Ramón Menéndez Pidal murió con cien años sobre sus espaldas. Sólo cuatro meses le faltaron para alcanzar un siglo de vida. Pero lo importante es que este eminente sabio español consagró su vida activa a la filología y al estudio literario de su raza y de su nación. Otros pueden vivir, como los árboles, sin la medida de la duración. No fue su caso. Sus estudios sobre las raíces literarias de España lo arraigan más en las leyendas del genio español sin que hoy, los que se interesan por estos estudios, puedan moverse sin el auxilio de la vitalidad sapiente y escudriñadora que les dio el maestro.

Escritor duro y sobrio, abundó en doctrinas literarias y en especulaciones filológicas que lo colocan en primer plano en el pensamiento europeo contemporáneo. Cabalgó en ancas del Mío Cid por los campos de Castilla y gustó la miel de los romances en que este terco señor antiárabe hace las delicias de la leyenda. Quizás le faltó la gracia de la inspiración poética que hizo de su émulo en erudiciones e historias líricas, don Marcelino Menéndez Pelayo, un artista de la palabra romanccada. Por placer leemos aún las páginas que Menéndez Pelayo le consagró a la novela y a la lírica castellanas. Por deber de erudición exacta recorreremos los estudios históricos que sobre la Edad Media, basándose en las crónicas, realizó el infatigable don Ramón Menéndez Pidal.

Pero ahora, después de la muerte del eximio erudito de las letras españolas, le sucede en la Presidencia de la Academia Española un caballero del pensamiento literario: don Dámaso Alonso. A los cien años de filología los sustituye la gracia de un espíritu que, como la abeja de Montaigne, vuela de poeta en poeta cosechando en sus obras para destilar luego la miel de su lirismo. Si la filología es un anestésico de la poesía, el nuevo Presidente de la Academia de la Lengua atisba, en el despertar de este anonadamiento extraño de la conciencia, que dicen los surrealistas, el instante en que ese anestésico ha realizado su cometido para re-mozar las bondades del arte. No hay poeta que el instinto limpio de don Dámaso Alonso no haya escudriñado con gusto certero. La poesía es para él, como para Paul Valéry, el reino de la pureza en el reino de la oscuridad. La poesía es para este estructuralista de buena cepa, la forma pura, el ritmo magnífico,

el mensaje individual que ata al artista a la existencia de Dios o de los dioses. Sus estudios sobre Góngora hacen autoridad, no sólo por lo acertado de sus interpretaciones, sino por la manera como clarifica, con sentido de responsabilidad artística, el pensamiento de aquel precursor de la oscuridad lírica que tanto asusta a los timoratos de las formas perfectas. Sobre nuestra mesa está su estudio de *Las Soledades* del cordobés. Leemos el texto del poema con ese mismo sonambulismo con que contemplamos un cuadro de Picasso, también hombre del Mediterráneo, es decir, claro y puro. Seguimos nuestra lectura con los comentarios de don Dámaso. Entonces las delicias de la poesía verdadera, de la auténtica poesía, se adentra aún más en nuestro espíritu. Sus otros estudios sobre los otros grandes poetas de la gran época lírica española —¿y cuándo España ha dejado de ser tierra de grandes líricos y de extraordinarios pintores?—, tienen la misma hondura. Ojalá la Presidencia académica de don Dámaso Alonso constituya cien años de lirismo como la de don Ramón Menéndez Pidal constituyó cien años de filología.

Aquí en Costa Rica, tan rica en posibilidades y tan avara en realidades, conocimos a don Dámaso Alonso. Vino a impartir un curso de estilística en nuestra Universidad gracias a las gestiones de don Arturo Agüero. No perdimos una sola de sus lecciones. Sólo en las grandes universidades de Francia e Inglaterra hemos escuchado a un profesor tan dueño de su materia y que ame más devotamente los temas de sus doctrinas. Pero hay en él algo más. Su amor por la lengua, nuestro hermoso castellano, lengua de hombres que piensan virilmente. El castellano de don Dámaso Alonso, cuando exponía sus teorías, alcanzaba la categoría de una lengua universal. Pero cuando recitaba a los grandes poetas, siempre sospechamos que más para su gusto y regusto personales que para su auditorio, su lengua tenía las armonías de una musicalidad que se pierde vergonzosamente en la chabacanería internacional de nuestro tiempo. Sólo un hombre que ama entrañablemente su lengua puede gozarla dentro de su genio secreto. Y ese genio estaba palpitante en los versos y las prosas que, pastosamente, brotaban de su voz no menos pastosa. Dichosa Academia de la Lengua Española que se halla ahora regentada por un poeta que ama a los poetas y los actualiza, cualquiera sea su dimensión, infaliblemente.

BIOGRAFIA DE MENENDEZ PIDAL

1. *La Leyenda de los Infantes de Lara*. Madrid, 1896; un volumen.

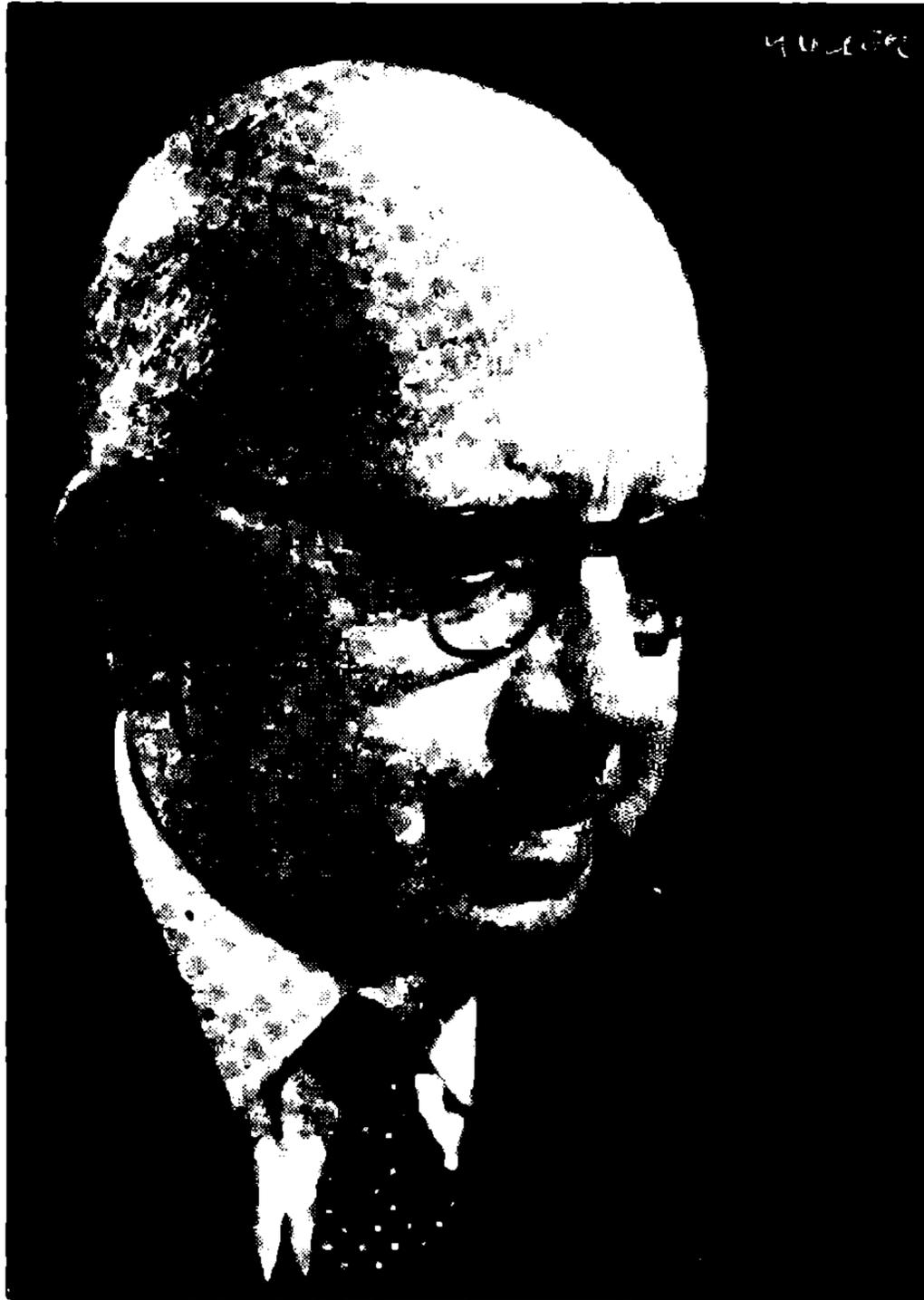
2. *Crónicas generales de España*. Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos. Madrid, 1898; un volumen.
3. *Poema del Cid*. Madrid, 1898; un volumen.
4. *Antología de prosistas castellanos*. Madrid, 1899; col. "Austral"; un volumen.
5. *Notas para el romancero del Conde Fernán González*. Madrid, 1899; folleto.
6. *Notas sobre el bable hablado en el concejo de Lena*. Gijón, 1899; folleto.
7. *Un nuevo romance fronterizo*. Génova, 1900; opúsculo.
8. *El condenado por desconfiado*. Madrid, 1902; discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua.
9. *La leyenda del abad don Juan de Montemayor*. Dresde, 1903; folleto.
10. *Sobre alhuacaxi y la elegía árabe de Valencia*. Zaragoza, 1904; opúsculo.
11. *Manual de Gramática Histórica Española*. Madrid, 1904; un volumen.
12. *Sufijos átonos en español*. Halle, 1905; opúsculo.
13. *Primera "Crónica general de España" que mandó componer Alfonso el Sabio y se continúa bajo Sancho IV en 1289*. Madrid, 1906; un tomo. Edición definitiva en 1955, 2 volúmenes, Ed. "Gredos".
14. *Cantar de Mio Cid*. Madrid, 1908-1911; tres tomos; texto, gramática y vocabulario; 2ª ed. en 1944-1946. Madrid, con adiciones.
15. *Romance del nacimiento de Sancho Abarca*. París, 1910; opúsculo.
16. *L'Épopée castellane a travers de la Littérature Espagnole*. París, 1910; un volumen de conferencias pronunciadas en la Universidad de Baltimore; traducción castellana con retoques y adiciones en Buenos Aires, 1945.
17. *El romancero español*. Nueva York, 1910, 1910; un volumen de conferencias pronunciadas en la Universidad de Columbia.
18. *Edición Paleográfica del Cantar de Mio Cid*. Madrid, 1911; un volumen.
19. *Poema de Mio Cid*. Madrid, 1913; un tomo.
20. *Cancionero de Romances impreso en Amberes sin año*. Madrid, 1914; edición facsimilar. Nueva ed. en Madrid, 1945, C. S. de I. C.
21. *Discurso de recepción pública en el Colegio Nacional "Mariano Moreno"*. Buenos Aires, 1914; opúsculo.
22. *El Cid. Romances viejos*. Madrid, 1915, folleto.
23. *La "Crónica general de España que mandó componer el rey Alfonso X"*. Madrid, 1916; discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.
24. *La serrana de la Vera*. Madrid, 1916; un volumen, estudio de esa obra de Vélez de Guevara, en colaboración con María Goyri de Menéndez Pidal.
25. *Documentos lingüísticos de España: I: Reino de Castilla*. Madrid, 1919; un volumen.
26. *La primitiva poesía lírica española*. Madrid, 1919; núm. 28 de la col. "Austral".

27. *Estudios Literarios*. Madrid, 1920; un volumen num. 8 de la col. "Austral".
28. *Un aspecto de la elaboración del "Quijote"*. Madrid, 1920; discurso en el Ateneo, un volumen, reeditado en 1924.
29. *El Cid en la historia*. Madrid, 1921; folleto.
30. *Poesía popular y poesía tradicional en la literatura española*. Oxford, 1922; conferencia pronunciada en Oxford en ese año.
31. *Poesía juglaresca y juglares*. Madrid, 1924; un tomo; nueva edición en 1942, col. "Austral".
32. *El rey Rodrigo en la Literatura*. Madrid, 1924; un volumen publicado en el Boletín de la Real Academia Española.
33. *Floresta de leyendas heroicas españolas*. Madrid, 1925-1926-1928; tres tomos, en la col. de "Clásicos Castellanos".
34. *Orígenes del español: Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*. Madrid, 1926; un volumen.
35. *Der Cid in der Geschichte*. Hamburgo, 1926; opúsculo.
36. *El idioma español en sus primeros tiempos*. Madrid, 1927; un tomo; núm. 250 de la col. "Austral".
37. *Flor nueva de romances que recogió de la tradición antigua y moderna*. Madrid, 1928, un tomo; edición de 1933, col. "Austral"; nuevas ediciones en 1938, 1939, 1941, 1944, 1946, 1948 y 1950.
38. *El romancero: Teorías e investigaciones*. Madrid, 1928; un volumen.
39. *La España del Cid*. Madrid, 1929; dos volúmenes; 4ª edición revisada y añadida en 1947.
40. *Historicidad de la leyenda de los Infantes de Lara*. Madrid, 1929; opúsculo.
41. *Historia y epopeya*. Madrid, 1934.
42. *Los romances de América y otros estudios*. Madrid, 1939, núm. 55 de la col. "Austral".
43. *De Cervantes a Lope de Vega*. Madrid, 1940; núm. 120 de la col. "Austral".
44. *Idea imperial de Carlos V*. Madrid, 1940; núm. 172 de la col. "Austral".
45. *Poesía árabe y europea, con otros estudios de literatura medieval*. Madrid, 1941; núm. 190 de la col. "Austral".
46. *La lengua de Cristóbal Colón, el estilo de Santa Teresa y otros estudios sobre el siglo XV*. Madrid, 1942; núm. 280 de la col. "Austral".
47. *Castilla. La tradición, el idioma*. Madrid, 1945; núm. 501 de la col. "Austral".
48. *Prólogo al tomo I de la Historia de España*. Madrid, 1947.
49. *Tres poetas primitivos*. Madrid, 1948; núm. 800 de la col. "Austral".
50. *El imperio hispánico y los Cinco Reinos. Dos épocas en la estructura política de España*. Madrid, 1950; Instituto de Estudios Políticos.
51. *El Cid Campeador*. Madrid, 1950; núm. 1.000 de la col. "Austral".
52. *Los orígenes de las literaturas románicas a la luz de un descubrimiento reciente*. Santander, 1951; un volumen.
53. *De la primitiva lírica española y antigua épica*. Madrid, 1951; núm. 1015 de la col. "Austral".

54. *Reliquias de la Poesía Épica Española, publicadas por...* Madrid, 1951; Consejo Superior de Investigaciones Científicas e Instituto de Cultura Hispánica; un volumen.
55. *Toponimia prerrománica hispana*. Madrid, 1952; "Biblioteca Románica Hispánica", Edit. "Gredos"; un volumen.
56. *Miscelánea histórico-literaria*. Madrid, 1952; núm. 1110 de la col. "Austral".
57. *Romancero Hispánico (hispano-portugués, americano y sefardi)*. Madrid, 1953; volúmenes IX y X de sus *Obras Completas*.
58. *Los godos y la epopeya española*. Madrid, 1956; núm. 1275 de la col. "Austral".
59. *España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam*. Madrid; col. "Austral".
60. *El padre Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y XVIII*. Madrid, col. "Austral".
61. *En torno a la lengua vasca*. Madrid, col. "Austral".
62. *Estudios de lingüística*. Madrid, col. "Austral".
63. *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*. Madrid, 1959; Espasa-Calpe, S. A.
64. *El padre Las Casas. Su doble personalidad*. Madrid, 1963; Espasa-Calpe, S. A.

Además de esta bibliografía, aún no completa, publicó Menéndez Pidal muchísimos artículos que no se han recogido en volumen, alrededor de 190.

Sucesor de Menéndez Pidal en la presidencia de la Real Academia Española



Don DAMASO ALONSO

D. Dámaso Alonso

Don Dámaso Alonso, uno de los discípulos más distinguidos de Menéndez Pidal, ha sucedido al maestro en la Presidencia de la Real Academia Española de la Lengua. Los señores miembros de esta Institución, y los de todas las demás Academias correspondientes, desde antes de morir don Ramón, ya dábamos por segura la elección de don Dámaso para que desempeñara tan eminente e importantísimo cargo. Ninguno como él —pensábamos todos— para suceder al gran filólogo. Por su gran prestigio nacional e internacional; por su óptima obra literaria, filológica y lingüística; por su cabal conocimiento de todo el ámbito hispánico y sus formas dialectológicas; por su justa comprensión de lo que es y ha de ser nuestra lengua; por su dinamismo estimulante y creador; en fin, por tantas cualidades personales e intelectuales, tan apropiadas a las circunstancias en que hoy se halla nuestro idioma, el señor Alonso era el académico español más adecuado para esa importantísima función. El sabe, además, cuál tiene que ser el verdadero destino de las Academias.

A nosotros, los académicos de Costa Rica, como a todos los de Hispanoamérica, nos ha complacido mucho la designación; no solo porque la hemos considerado acertadísima, sino también a causa del cariño que don Dámaso ha despertado en nosotros. Pero si bien es cierto que la simpatía tiene mucha importancia, porque aglutina y orienta las voluntades en un mismo sentido, la capacidad y propósitos de quien presida son indispensables.

Desde 1956 le oímos decir a don Dámaso, en el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid, que ya el lema dieciochesco de "Limpia, fija y da esplendor" no responde a lo que hoy tienen que hacer las Academias, porque ya no se trata primordialmente de dar esplendor a la lengua, "sino de evitar que dentro de pocas generaciones los hispanohablantes no se puedan entender los unos a los otros". Y añadía patéticamente: "El problema que tenemos delante no es el de dar "esplendor", sino de impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos". Luego señalaba las quiebras fonéticas, morfosintácticas, lexicológicas y semánticas que cuarteaban nuestro idioma, capaces de ahondarse y avanzar hasta producir la escisión del idioma, perdiéndose así la unidad que dichosamente conserva todavía. Y después de esta pa-

tética clarinada, indicaba las causas de la incipiente fragmentación y decía cómo contrarrestar su acción para mantener la unidad lingüística.

Insistió don Dámaso en hacer ver los peligros y en indicar la manera de evadirlos, pues en el Cuarto Congreso de 1964, celebrado en Buenos Aires, volvió a referirse a ello. Y en una conferencia que dio en nuestro país, en 1965, de nuevo se refirió a este asunto.

¿Cómo no aplaudir las palabras sinceras de un hombre franco, sin disimulos, que declara: "La Real Academia Española es hoy una gran colmena que, junto a los caminos de la vida, está incesantemente atareada, dedicada a su labor"? ¿Cómo no sentir simpatía por quien advierte: "Yo estoy seguro de que las demás academias han comprendido también, como la mía, que no pueden ya ser un ilustre refugio de ilustre ancianidad, sino un laboratorio de trabajo"? Todos los que comprendemos la misión actual de las academias teníamos que asentir con entusiasmo cuando nos dijo: "Los que estamos aquí reunidos representamos la voluntad de todas las academias de la lengua española para colaborar fraternalmente en la obra de preservación y constante ampliación de nuestro tesoro común". Certeros y hermosos conceptos de don Dámaso en aquel discurso de Buenos Aires motivaron sus ideas sobre cómo proceder para preservar la unidad lingüística, siempre amenazada por diversos factores. Amenazada de que en sus dominios se levante "una torre de Babel".

Ciertamente, el cada vez más creciente número de hispanohablantes, que ya se aproxima a los doscientos millones, diseminados en un territorio vastísimo de la tierra, separados a veces por enormes distancias, pertenecientes a diferentes razas, en algunos casos muy próximos a comunidades lingüísticas diferentes o viviendo en ellas "hombres, en fin, a los que todo parece separar pero que se sienten dichosamente unidos por una sola cosa: la lengua que todos hablan". Decía que estábamos representando a todos ellos, y a los del futuro, los "del siglo XXI y de los siglos que seguirán". Esa lengua suya, y nuestra, debe cuidarse, "debe ser el objeto principal de nuestra atención y de nuestros recuerdos".

Hermosa comparación la de don Dámaso para quienes simpatizamos en mucho con la escuela idealista: "La comunidad lingüística es una criatura espiritual, una especie de cuerpo místico, que liga el pasado, la realidad del presente y el futuro. La complejidad de su estructura se inmensifica cuando, como en el caso de la lengua castellana, este ser no sólo tiende un puente ligador de los tiempos, sino que se ensancha magníficamente por el mundo, y por sus orillas las más diversas culturas arcaicas, y también

modernas, influyen penetrando y tiñendo con tonalidades e intensidades distintas sus diferentes partes”.

Y nos maravillaba observar su agilidad heterodoxa cuando, saliéndose de su concepción idealista, caía en la saussuriana, cómoda, en términos generales, para ordenar el complejo fenómeno de la lengua. Decía: “Imaginad la maravilla que es este tesoro —en términos saussurianos— de la lengua. Yo lo realizo, yo lo movilizo en este instante en mi habla; vosotros lo comprendéis porque hay una coincidencia fundamental: mi habla se alza de un depósito que es igual al que vosotros atesoráis”. Pero agregaba que esta “maravilla común a todo lenguaje humano crece hasta términos difíciles de imaginar cuando ese depósito es de la amplitud de vigencia geográfica del nuestro”. Y añadía: “Es que en esta comunidad idiomática supranacional, junto al depósito común de todos, cada hablante posee un como suplemento, un como depósito especial peculiar a su nación; y lo mismo ocurre con las regiones respecto a la nación”.

Hacía ver luego el aspecto cultural, los distintos influjos, “ya anteriores a la desmembración política, y persistentes; otros actuantes durante los siglos XIX y XX”. Influjos de la literatura francesa, italiana, norteamericana; influjos de las culturas indígenas . . .

Explicando, indicado todo esto, decía cómo guiar nuestra lengua para que cumpla sus fines, cuál nuestra posición frente a las divergencias, de qué manera deben actuar las academias para preservar la unidad idiomática. Consideraba que, contrariamente a lo que creía el positivismo lingüístico, es posible ejercer una acción rectora sobre una lengua. Tampoco en esto comulga don Dámaso con la escuela estructuralista moderna, tan indiferente a su futuro. Conviene dirigirla para mantener su unidad pero en su variedad, es decir, respetando la variedad existente y conservando al mismo tiempo, y fortaleciendo, el depósito común del idioma y con él, también, la raíz común de nuestra cultura. Pero, ¿cómo? Para lograr esto señalaba la necesidad de atender la tradición y la innovación o creación idiomáticas. No solamente la primera, como sucedía en el siglo XIX y todavía en la primera parte de este, sino también la segunda, porque solamente las lenguas muertas carecen de innovación. Las vivas no pueden renunciar a su participación en la cultura. Pero es necesario que en lo que toca a la innovación idiomática todo elemento nuevo sea común a todos los países de lengua española.

No es enemigo del purismo, pero no está de acuerdo con la preocupación exclusiva por él en la aceptación de las palabras y otras formas lingüísticas, a la manera de los gramáticos, aca-

demias y aun del público en general del siglo XIX. Lo que debe interesar, antes que el purismo que a veces ha sido un agente perturbador, es que los elementos significativos de la lengua sean en efecto significativos, o sea que tengan un verdadero valor de intercambio en todo el ámbito de la comunidad lingüística.

Señala después otro aspecto grave de la innovación que se debe tratar con prudencia, pero sin torpe intransigencia: el extranjerismo. Decía que ante el alud de anglicismos no hay motivos para desesperarse ni vituperar, porque es la historia de todas las lenguas. Solo que son necesarias tres condiciones para ser admitidos: 1º, que sea necesario; 2º, que sea empleado en todo el mundo hispánico; 3º que su fonética sea adaptable a la del castellano. Hay que ser precavido frente al extranjerismo, pero sin remilgos puristas. No cabe la inoportuna lamentación de quienes ven este venir en tropel de los extranjerismos, la del viejo ante un mundo joven; lo que se tiene que hacer es "comprender lingüísticamente ese mundo que está naciendo". El se plantea el problema de cómo ponerse frente a ese mundo que está sediento, urgido de nuevos nombres y de nuevos verbos para cosas nuevas, novísimas.

En fin, hay que proceder con serenidad, con prudencia. Conservar el *statu quo* del español, como lo usan en el inmenso mundo hispánico todas las personas cultas; conservar sus divergencias; pero ponernos en guardia para evitar divergencias ulteriores.

Tal es el criterio del nuevo Presidente de la Real Academia Española de la Lengua, con sus setenta y dos años de juventud alerta y dinámica. En manos eruditas, activas, amorosas y habilísimas queda la Institución y el porvenir de nuestro idioma. Nuestra calurosa enhorabuena.

Duelo de Nuestra Academia



Don Abelardo Bonilla Baldares

1898 - 1969

Electo (silla G) el 4 de diciembre de 1954

Recibido el 14 de abril de 1955

Fallecido el 19 de enero de 1969

Don Abelardo Bonilla Baldares

La noticia fue súbita, sorpresiva como su muerte. Igual que si al leer una conferencia la luz se nos apagara y el recinto quedara en tinieblas. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Al menos por unos momentos, la confusión, la perplejidad o, a lo sumo, el balbuceo y la falta de ilación.

Por eso todavía no es fácil hablar con propiedad y ponderación del amigo y colega que se nos ha ido. Aún se nos escapan las ideas, hurañas, batidas en la resaca de la emoción. Sería necesario que pasara la perplejidad, que se disolviera esta bruma de tristeza y se sintiera con seguridad y calma el vacío físico que ha dejado. Llegará el momento en que su presencia quede fija, convertida en auténtica memoria. Expresar el dolor que nos ha causado su muerte, ahora no es prudente, porque tal vez sin quererlo podríamos ladearnos hacia la sensiblería. Valorar por escrito su obra y calidades tampoco, porque para ser justos y objetivos se ha de recobrar la serenidad necesaria, el equilibrio entre la razón y el sentimiento.

Podríamos, sin embargo, asegurar que Abelardo Bonilla Baldares fue un alto exponente de la cultura costarricense. La obra suya tendrá que ser estudiada con todo el cuidado que merecen las obras importantes. El día de su sepelio quedó confirmado este reconocimiento, pues muchísimas personas del mundo cultural y político, reverentes y consternadas, formaron el cortejo fúnebre. Amigos y colegas de la Universidad de Costa Rica, de la Academia Costarricense de la Lengua, de la prensa nacional y de otras instituciones; muchas, muchas otras personas se congregaron ese lunes. La prensa nacional, a la que dio tanto prestigio con su atilada y acendrada pluma; la Universidad, deudora —desde su fundación— de su brillante y eficaz concurso; nuestra Academia de la Lengua, que tanto lo estimó; las instituciones literarias, en las cuales participó de una u otra manera; todas, súbitamente, se cubrieron de luto el domingo 19 de enero pasado, cuando también agonizaba el día y se enlutaba, porque había muerto un patricio de nuestra cultura.

Muerte serena y buena, como la de aquella tarde, para un hombre bueno y sereno. ¡Qué tranquilo el sueño de Abelardo! Qué sereno en su sueño este varón a quien largas horas de insomnio le

permitieron leer millares y millares de páginas que retenía con fidelidad y clara inteligencia en su prodigiosa memoria. Fecundas vigiliadas de muchos años, premiadas con tantos frutos literarios, periódicos y universitarios. Así, cuando cumplía setenta años, un mes y catorce días, pasó don Abelardo los umbrales de la muerte; y así, también serenamente, irá entrando en la inmortalidad del recuerdo. Nuestra tristeza se convertirá en nostalgia, y cuando nos hayamos ido también quienes lo conocimos y tratamos, aún permanecerá su obra, y en ella será diuturno este ilustre hombre de letras. Las futuras generaciones de Costa Rica sabrán que nació en Cartago el 5 de diciembre de 1898; que estudió primero en las escuelas primarias y el Colegio de San Luis Gonzaga de aquella ciudad, y luego en San José, hasta llegar muy cerca de la licenciatura en leyes; que se dedicó al periodismo y llegó a descollar notoriamente en este campo; que a causa de sus conocimientos literarios fue llamado a enseñar literatura española y comparada en la Universidad de Costa Rica, cuando se fundó; que dejó publicadas varias obras importantes, sobre todo ensayos muy valiosos; que por sus méritos la Academia Costarricense de la Lengua lo eligió su miembro de número el 4 de diciembre de 1954 para que ocupara la Silla G, que había quedado vacante por causa de la muerte de don Julio Acosta García, Expresidente de la República; sabrán también que fue Vicepresidente de la República, y durante unos días asumió la Presidencia; en fin, sabrán que fue un escritor distinguido, porque conocía muy bien nuestra lengua y la podía usar con propiedad y destreza. Convendría que los jóvenes de hoy y de siempre supieran que don Abelardo Bonilla tuvo fe en ellos, cuando en su obra *La crisis del humanismo* escribió: "... Siento, comprendo y tengo fe en esta humanidad futura que se perfila, como una realidad espléndida, a través de la crisis del humanismo occidental".

La Academia Costarricense de la Lengua deplora la muerte de tan querido y preclaro miembro de número.

EL EDITOR

Don Abelardo, Un Humanista

Isaac Felipe Azofeifa

Luchando contra la trágica pobreza de nuestra tradición cultural sin disciplina de letras clásicas, y contra la escasez de libros e información de primera mano, pero orientado por la fija luz de aquellos maestros humanistas que iluminaron nuestra cultura durante un momento desde la alta torre del Colegio de Cartago, así veo la heroica formación autodidacta de este humanista costarricense. Buen ejemplo este para los jóvenes abúlicos de hoy, que contando con una universidad en pleno despliegue, y con las facilidades de hallar el libro apropiado y la información desbordada que ofrece la publicidad moderna, se mantienen impenetrables, en descarada y feliz virginidad cultural, para satisfacción de los juventos que con título de hombres prácticos suelen rebuznar en nuestro país, lo mismo un discurso político que un informe técnico.

En el país y en nuestro tiempo, no se ha dado hombre de más vastas lecturas que don Abelardo. Su tarea humana y sobrehumana es la búsqueda del hombre como ser destinado a la libertad y la cultura a lo largo de todas sus obras, de todas sus expresiones. Nada humano le es extraño. Ciencias, filosofía, lenguas, artes, técnicas, literatura, historia.

Lee sin descanso. Escribe. Da conferencias. Es hombre prodigo de sus conocimientos, de sus hallazgos. Generoso. Ameno conversador. No espera; él abre el tema sin demora, sin falsas reticencias, ansioso de comunicar y obtener respuesta, de dar y aprender. Su charla está llena de la gracia de la sencillez con que todo lo expresa, y lo mismo llega la anécdota oportuna, que el dato justo, erudito incluso, o la opinión precisa, vertido todo con pasión, pero siempre con la moderación de un tono de voz asordinado, no exento de cierta dulzura, que trasluce un espíritu cortés, abierto al diálogo, sin vanidad de "magister".

Como lee sin pausa, es un espíritu agilísimo, una mente alerta, sutil, que se mantiene a la altura del tiempo que vivimos; pero a la vez, le acongojan los signos de cambio que advierte vienen en perjuicio de los altos valores de la cultura del pasado. La violencia en las relaciones humanas, el aplebeyamiento de las costumbres, la superficialidad irresponsable de los jóvenes. Por esto comprende a los jóvenes, los ama, los ayuda a hacerse, a for-

marse, a ser adultos de hoy sobre el fundamento esclarecedor del ayer, del pasado vivo en el presente. También por todo esto vuelve una y otra vez los ojos a la educación, y entra en lo hondo de nuestra lengua, nuestra historia y nuestra literatura, buscando aclararse las incógnitas de nuestro espíritu nacional.

Esta mañana, vuelvo a oír su voz, que tanto enseña, y le escucho abordar un tema sin preámbulos ociosos, como con prisa de comunicar y escuchar, de aprender, y yo vuelvo a sentir lo mismo que siempre que nos hemos encontrado: vuelvo a sentir el estímulo creador de su cultura, de su espíritu. Soy, ahora como siempre, un alumno más ante el maestro humanista.

NUEVO MIEMBRO DE NUMERO

Por sus indiscutibles méritos literarios, el Profesor don José Basileo Acuña Zeledón fue elegido por la Academia Costarricense de la Lengua para que viniese a ocupar la Silla que dejó vacía don Abelardo Bonilla Baldares. Muy acertada elección. Un eminente profesor universitario y distinguido escritor sustituye a otro eminente profesor universitario y distinguido escritor.

El señor Acuña no se mantuvo mucho tiempo en su condición de miembro electo, sino que inmediatamente se dedicó a preparar su discurso de incorporación, dedicado a sus dos ilustres antecesores: don Julio Acosta García y don Abelardo Bonilla Baldares. Leyó su discurso el 27 de noviembre de este mismo año, en junta extraordinaria que tuvo lugar en el Instituto de Cultura Hispánica, a la que asistieron muchas personas de nuestro mundo intelectual.

Como dijo el Lic. don Alberto F. Cañas, en su discurso de contestación, "Hay mucho donde espigar en la obra poética de nuestro nuevo colega. Poeta auténtico, la forma y el idioma no le han escatimado ninguno de sus secretos".

A continuación ofrecemos el discurso del nuevo Académico, en el cual recuerda, primeramente, a don Julio Acosta García, con admiración y cariño, y después a don Abelardo Bonilla Baldares, cuya obra y personalidad comenta con mucho acierto. Esto nos ha relevado, en las notas necrológicas anteriores, de hacerlo nosotros, como convenía.

Discurso de Incorporación leído por D. José Basileo Acuña

He dejado transcurrir el tiempo antes de presentar mi discurso de incorporación a la Academia, con el objeto de poderme acostumbrar a ocupar esta Silla y a tomar parte en vuestras labores. Debo confesar, con toda sinceridad, que ni antes de mi nombramiento ni ahora me he sentido merecedor de tan honroso cargo. Lo acepté como un reto. Es decir, más bien como un acicate para el futuro que como un juicio sobre el pasado.

De un modo muy personal agradezco a vosotros, señores académicos, el haberme abierto las puertas de esta docta corporación. Sobre todo el de llamarme a ocupar la silla G de esta Academia. Hace cincuenta años conocí al primer ocupante de esta Silla. Tenía yo entonces veintidós años. Acababa de llegar de Europa a pasar una corta temporada con mis padres. Desde esa época hasta su muerte, me unió a don Julio Acosta García una amistad muy noble, basada en un estrecho vínculo de ideas y en la respetuosa admiración que sentía por él y por doña Elena, esa maravillosa mujer que fue su esposa. A don Julio le debo grandes favores que deseo reconocer hoy, públicamente. El más grande de ellos fue el de haberlo conocido.

La vida y la obra de don Julio Acosta son de todos conocidas. Su actuación en la política marca una página inmaculada de nuestra historia. Su honradez acrisolada lo llevó a vivir frugalmente. Su rectitud le conquistó la admiración de los sensatos, la burla maliciosa de los oportunistas, la mala voluntad de los maquinadores. Fue un idealista en el sentido ético más puro de la palabra. Su idealismo fue mal comprendido. Porque no le venía de la cabeza. Sino del corazón. Era su modo. Su estilo de vida. No era el idealismo de un filósofo profesional. Ni el de los técnicos internacionales. Sino el que le salía a borbotones a un hombre que amaba a sus semejantes y trataba de servirlos. ¿Faltas? Ya lo creo que las tuvo. ¿Deficiencia? También. El mismo las reconocía. No hubiera sido hombre si no las hubiese tenido. Ni hombre si no las hubiese reconocido. No seríamos sus amigos si lo deshumanizáramos hasta el punto de convertirlo en un ídolo falso.

Este año de mil novecientos sesenta y nueve es uno apropiado para recordarlo. Hace cincuenta años, con la caída del régi-

men de los Tinoco, don Julio adquirió la estatura de un héroe nacional. Surge en mi mente el recuerdo de su entrada triunfal en San José, que vi desde el corredor de mi casa en el Paseo Colón, llamado entonces Calle de la Sabana. Hace quince años, don Julio partió de este mundo. Yo estuve cerca de su lecho de enfermo pocos días antes de su muerte. Desde aquella entrada triunfal hasta esta salida no menos triunfal, Costa Rica tuvo en las reservas espirituales de sus varones ilustres a un ciudadano dispuesto a servirla con honradez, a un político que no sabía lucrar ni amparar el lucro, a un hombre paternal que sirvió a sus semejantes por amor a la humanidad. Se ganó el epitafio de nuestros verdaderos próceres: **ENTRO EN EL SILENCIO CON LAS MANOS VACIAS.**

Otro que entró en el silencio con las manos vacías, fue el segundo ocupante de esta Silla G.: don Abelardo Bonilla Baldares. Tanto él como don Julio dejaron a su familia el patrimonio solo de su honradez, su amor a la patria y su cultura. Don Julio nos vino de Alajuela, de cielo azul y de mentes liberales. Don Abelardo nos llegó de Cartago, de cielos grises y de espíritu conservador. Los dos llevaban apellidos nuestros con trayectoria histórica. Los dos eran sencillos y fértiles como nuestras campiñas. Uno y otro se formaron en sí mismos como los ríos de nuestras vertientes. Ambos florecieron en hombría de bien como los azahares del cafeto con las primeras lluvias.

Ha sido costumbre, en la Academia, la de que cada nuevo ocupante de una Silla hable de su antecesor en ella. Cábeme pues el honor, inesperado y fortuito, de presentar ante vosotros un relato de la vida y de la obra de don Abelardo. Sé, por anticipado, que el mérito de mi presente trabajo no dependerá de mis palabras ni de mi destreza para unirlos. Dependerá exclusivamente del contenido de mi discurso. Esto es, de los méritos personales de don Abelardo y del valor intrínseco de su obra. Por lo tanto, repetiré a mi modo lo que alguien dijo en situación parecida. Os entrego este ramillete. Las flores no son mías, sino el cordón que las ata.

Con el objeto de ordenar debidamente el desarrollo de mi tema, lo dividiré en dos partes. En la primera, relataré la vida de don Abelardo. En la segunda me referiré a su obra.

La vida de don Abelardo

Nació en la ciudad de Cartago, el 5 de diciembre de 1898. Fueron sus padres don Juan Andrés Bonilla y doña Balsamina Baldares de Bonilla. Su abuelo paterno, según parece, fue una

persona bastante acaudalada, que hizo su fortuna denunciando minas en Centro América y vendiendo lucrativamente sus derechos. Don Juan Andrés nació en la abundancia. Heredó mucho dinero que gastó en negocios fantásticos, que lo llevaron a la ruina. Como muestra un botón. Se dice que abrió en Cartago una cantina, con mármoles y muebles traídos de Europa, con empleados vestidos de rigurosa etiqueta.

Doña Balsamina, la madre que don Abelardo quiso con todo el fervor de su alma, fue una mujer encantadora y por muchas razones admirable. Venido a menos el patrimonio de la familia, doña Balsamina puso a la venta su repostería. Sus higos azucarados fueron famosos y algunas gentes todavía los recuerdan. Trabajó a par de su marido, que pintaba cuadros y hacía fotografías, para criar a los quince hijos, con que Dios bendijo su matrimonio. Aun más, se educó ella misma para enseñar y dirigir a sus hijos. Fue una autodidacta. Siguió la tradición de su madre, quien al quedar viuda con cinco hijos, aprendió sola a leer y escribir, y se hizo maestra de escuela.

¿Cómo formó su cultura don Abelardo? La respuesta a esta pregunta podría darla valiéndome de una leyenda que conocíamos los niños de los tiempos en que nació don Abelardo. La traigo a colación porque a mí, nacido un año antes que él, me la contaron y yo la creí. El hada madrina debió haberle regalado, en su cama, tres dones: un libro, una pluma y una joya. El libro lo convirtió en un culto; entendió su valor como formador de una cultura y fue su maestro permanente hasta el final de sus días. La pluma fue su gran instrumento de comunicación con sus semejantes y la puso a la difusión de la cultura patria. La joya fue su esposa que dulcificó su vida y le dio el tesoro inestimable de una familia. Libro, pluma y joya son los símbolos heráldicos de su escudo. Libro, pluma y joya son las claves de su personalidad y de su obra. Son su vocación.

Cursó sus estudios primarios y secundarios en Cartago. Fue un alumno distinguido y superdotado. En el Colegio San Luis Gonzaga recibió, entre otras influencias provechosas, la de don Jorge Volio. Este le transmitió un amor por los estudios clásicos, una inquietud reformista que notamos en los ensayos de don Abelardo y, posiblemente, una dirección filosófica neotomista que bebió don Jorge Volio en la Universidad de Lovaina, de los labios mismos del Cardenal Mercier. Artes liberales, reforma social y cristianismo son las líneas directrices de su cultura. Son las influencias orientadoras que dejaron hondo surco en su personalidad y en su obra. Son su brújula.

De manera que su personalidad y su obra adquirieron características propias, tanto por la existencia de estos dos tipos de factores como por su consorcio y conjugación. Su vocación al libro se mostró desde su niñez. Su vocación por la pluma apareció en su adolescencia. Su vocación paterna la tuvo siempre y la satisfizo en su edad madura.

Pero su afición por los estudios clásicos la juntó con su vocación por el libro. El libro fue la fuente de su saber. En los libros aprendió a conocer a los autores griegos y latinos. Había dejado de existir en ese entonces la Universidad de Santo Tomás. Para llenar el vacío de la preparación académica, las generaciones del 88 al 41, echaron mano del libro. Aparecieron los autodidactos. Don Abelardo fue un autodidacto. Un autodidacto auténtico.

No se ha efectuado en Costa Rica ni en ninguna parte del mundo una valoración justa del autodidacto, de su función social e histórica, de su contribución al mejoramiento cultural de la humanidad. Autodidactos fueron los fundadores de las grandes religiones, de la filosofía griega y de las ciencias de la antigüedad. Autodidactos han florecido en el campo del arte, de la literatura, del pensamiento especulativo y del invento. Autodidactos fueron en Costa Rica muchos de nuestros próceres, hombres de empresa, escritores y periodistas. Autodidactos fueron en el terreno de la pedagogía varias generaciones de profesores, de ministros de educación, de notables reformadores como don Mauro Fernández, don Miguel Obregón, don Carlos Gagini, don Napoleón Quesada, don Roberto Brenes Mesén, don Omar Dengo.

El autodidactismo parece ser la expresión más pura de la democracia cultural. Es la cultura hecha vida. La cultura del hombre, por el hombre y para el hombre. Un autodidacto es un demócrata del espíritu. No es un príncipe ni el miembro de una nobleza intelectual revestidos de insignias. Es el vientre del pueblo fecundado y maduro. Es semilla del erial incógnito, del anonimato numérico, impregnada de fuerzas interiores creativas, que da nacimiento a la flecha del árbol lanzada por desconocido arquero hacia la luz.

No pretendo acometer la empresa de estudiar el fenómeno del autodidactismo ni siquiera hacer el elogio del autodidacto. Me limitaré a señalar algunos puntos relevantes, de interés para el presente trabajo. El autodidacto es un hombre, simplemente un hombre, que busca a descubrir por sí mismo un saber que le es altamente deseable. Deslumbrado por el prodigio creciente de esta búsqueda, se siente con capacidades para labor tan ardua, aunque jamás llega a estar seguro de su logro ni satisfecho con sus hallazgos. Es un eterno disconforme y un incansable perfeccionista. Emplea

en su búsqueda los métodos primigenios que llevan al conocimiento: los viajes, la conversación, la lectura. Sus características son: curiosidad, descontento creador y fe.

Don Abelardo era un espíritu curioso, creador y creyente. Su curiosidad se extendía a todas las ramas del saber: a los idiomas, la literatura, la filosofía, la música, la pintura. Fue un magnífico fotógrafo, un pintor, un buen ajedrecista y, en sus mocedades, un jugador de fútbol. Le interesaba apasionadamente el arte y la estética. Lo llenaba de asombro el misterio de la creación artística. Pero los huertos de su creación fueron los apacibles del pensamiento reflexivo. Tenía la emotividad y el apasionamiento del artista. Quizás enamorado del ideal de Aristóteles, del justo medio, no permitió que su apasionamiento desbordara su razón. Así templó sus emociones. Tomó a la razón por guía. Y mostró su afán creativo en la formulación de esquemas teóricos, de hipótesis fundamentadas sobre las grandes corrientes del pensamiento europeo o sobre las modalidades del ser latinoamericano. Ideó sistemas válidos de acción social, para resolver problemas tan difíciles como la unión centroamericana. Se empeñó en reducir la vida a cuadros sinópticos de cultura. La fe de don Abelardo se palpa a lo largo y a lo ancho de toda su existencia. Los obstáculos, los padecimientos, las deficiencias pueden superarse. Ni el cuerpo ni el ambiente entorpecen la acción del hombre que desee vehemente algo. No sé si tomado de Aristóteles, de San Agustín o de los ascetas cristianos, don Abelardo cree a pie juntillas en el poder de la voluntad. Además de creer en la voluntad como un medio subjetivo de dominio y perfeccionamiento, cree en el amor a la patria. Patria para él es familia y tierra.

También don Abelardo juntó su pluma con su deseo de mejoramiento social. Porque como lo indicamos, él era perfeccionista. Trató de perfeccionarse y de perfeccionar a los demás. Así su labor periodística tenía el tono digno de una cátedra. La mayoría de sus ensayos ponen de manifiesto su alma de profesor. No escribió por escribir, por hacer literatura, sino para enseñar. Hasta su novela trata de reformas y de reformadores sociales. Lo más original de su actuación política fue la de haber ejercido la Presidencia de la República, en su condición de Vicepresidente. "simultáneamente con la del Segundo Congreso Interamericano de Filosofía que se efectuó en ese año (1961 a 1962) en San José". Algunos humoristas dijeron que Costa Rica se había convertido en la República de Platón. Desgraciadamente no fue así. Pero algunos costarricenses menos humoristas pensaron que se trataba de una lección de civismo. Creo que sí lo fue.

En 1941, al reabrirse la Universidad de Costa Rica bajo la Presidencia del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, su Ministro de Educación el Lic. don Luis Demetrio Tinoco, miembro de esta Academia, llamó a don Abelardo para que enseñara la cátedra de Literatura Española. El Decano de la Facultad de Letras era, en aquel tiempo, don Jorge Volio, su antiguo profesor y buen amigo, por quien “sentía una admiración rayana en idolatría” como apuntó don Gonzalo Chacón Trejos (*La Nación*, 27 de enero de 1969).

Su labor en la Universidad fue amplia. En la Escuela de Ciencias y Letras desarrolló los cursos de Literatura Española, Literatura Comparada, Estética, Estilística (un año). En la Escuela de Derecho, el de Filosofía del Derecho, del que salió su obra *Introducción a una axiología jurídica*. En Estudios Generales, la Historia de la Cultura.

La palabra escrita del periodista se convierte en la palabra hablada del catedrático. El campo de influencia de la primera es mayor —pensó don Abelardo— pero quizá su eficacia sea menor. Porque el público es un término tan impreciso que puede abarcar mucho o no abarcar nada. En cambio el aula tiene un contenido humano cierto aunque pequeño. Por lo tanto, la acción docente del profesor, si no es superior a la del periodista, la completa al menos y la mejora. Don Abelardo entró en la Universidad lleno de esperanzas tan fuertes como era de fuerte su fe en la acción del espíritu sobre el espíritu y de la misión salvadora de la cultura.

Sin embargo, el optimismo docente que llevó a don Abelardo a una campaña de reforma y mejoramiento del hombre en los campos de la política, del periodismo y de la cátedra universitaria cayó abatido, como la lanza de don Quijote lo fue tantas veces en los campos españoles. En un homenaje que le rindieron sus amigos poco antes de su partida de este mundo, don Abelardo declaró que no se sentía merecedor del reconocimiento que se le tributaba como periodista, como profesor y como político. Afirmó que en cada una de estas actividades había fracasado.

Que había fracasado en el periodismo, por cuanto no había logrado que el periódico se convirtiera en un instrumento de cultura, desprovisto de noticias ajenas a la naturaleza de una educación superior para el pueblo. Que había fracasado en la enseñanza porque no había logrado una pléyade de pensadores y artistas que reemplazaran a la que sirvió, en el pasado, para crear la grandeza de Costa Rica. Que igualmente había fracasado en la política, puesto que ésta continuaba con vicios que la imposibilitaban para ser una escuela de civismo.

De estas declaraciones se desprenden varios conceptos. Primero, que para don Abelardo tanto la enseñanza como la prensa y la política son, por igual, medios educativos que permiten la difusión y la promoción de la cultura de un pueblo. Segundo, que la cultura o sea el conocimiento es un remedio eficaz para curar los males del hombre y asegurarle su felicidad. Tercero, que el periodista, el educador y el político militante fallan en alcanzar los fines de su misión, cuando no han podido producir la felicidad de sus conciudadanos, por el conocimiento y la práctica de las virtudes cívicas y personales.

Este sistema de pensamiento de don Abelardo parece reflejar ideas de Aristóteles, filósofo a quien tenía en muy alta estima y había estudiado con gran esmero. Sostenía el Estagirita que valiéndose de la razón (*anima rationalis*) se puede llegar al conocimiento verdadero o como diría don Abelardo, a la verdadera cultura, por cuyo medio se adquiere la felicidad "conforme a la virtud". Que el fin del Estado es la educación de los ciudadanos, por cuanto el Estado es "una sociedad constituida para la felicidad de las familias y para el logro de una vida perfecta que se baste a sí misma".

¿Cómo concibió don Abelardo la felicidad? Mejor dicho, ¿Cómo la vivió? ¿Qué le produjo honda dicha? ¿En dónde la buscó? Lo primero que salta a la vista, con una claridad meridiana, es que la encontró en su hogar. La joya del Hada Madrina. No está del todo mal indicar la procedencia etimológica de joya, porque aplicado al caso de don Abelardo viene como de perlas. Según Corominas la palabra se deriva del francés "joie" y ésta a su vez del latín *gaudium*, "gozo". La joya que fue su gozo, su más perfecto júbilo, resplandeció en la madre de sus hijos y en ellos mismos.

Cuando se habla de la labor de un hombre, casi siempre se omite poner de relieve la participación, callada y generosa, de la que como compañera fue su sostén moral y muchas veces su colaboradora. Creo que es justo y bueno y saludable hacerlo. Sobre todo en el caso de don Abelardo. Su señora, doña María Rosa Picado Chacón de Bonilla, por cuyas venas corre la sangre de gentes que han dado nombre y gloria a Costa Rica, se vinculó de tal manera a la vida de don Abelardo que bien puede decirse que los dos fueron una sola alma y un solo cuerpo. Físicamente fue su mano y fue su pie. Espiritualmente fue su discípula y su colega. En el templo misterioso del sentimiento fue lámpara perpetua de comprensivo amor.

Esta diáfana confluencia de dos vidas fue la tinta que fluyó por la pluma de doña María Rosa, al escribir estas palabras: "Hoy

sus pasos inseguros no resuenan en nuestra casa, ni su voz serena; ni se endulza nuestra mirada con el verde manantial de la suya, ni su sonrisa franca celebra en nuestras tertulias de sobremesa, el choque de nuestra ignorancia contra su saber. Pero vive y vivirá con nosotros como antes, sólo que ahora tenemos, como dice Gabrielillo: "este dolor en el alma".

¿En qué otra cosa cifró don Abelardo su felicidad? Ya la hemos indicado. En un amor intelectual de lo humano. En un quijotismo cultural. Este tipo de quijotismo lo ejerció en dos direcciones. Fue quijote de sí mismo y quijote para los demás. Como quijote para los demás, él mismo se armó caballero y veló siempre sus propias armas en la posada de este mundo. Sus armas fueron, como ya se ha dicho, la lanza de la palabra, la espada del conocimiento y el yelmo de la razón. Salió por los campos de Montiel del periodismo, del profesorado y de lo político. Luchó contra gigantes, hechiceros y malandrines. Buscó el tibio rincón del hogar. Y, como el de la Mancha, se dio cuenta antes de morir de que todo su afán fue una locura. Dichoso él que se dio cuenta. Muchos de nosotros andamos todavía creyendo en gigantes que a la postre resultan ser molinos de viento.

El quijote de sí mismo es el que me esforzaré ahora por presentar. Sé que estoy penetrando en terreno sagrado. Que es osadía el hacerlo. Pero ¿dónde están las fuentes de nuestra grandeza o de nuestra debilidad sino en lo recóndito de nuestro ser? ¿No es ahí en donde somos lo que verdaderamente somos y no lo que aparentamos ser? ¿Lo que se encuentra detrás del antifaz de nuestra persona? ¿Lo que tiene sentido para nosotros? ¿Lo que nos da significado para los demás?

El hombre es el escultor de su propia imagen. La ve en su interior tan claramente que no necesita expresársela ni ponerla en palabras. Pero los demás adivinan la imagen al trasluz de lo que él hace, de lo que él dice, de lo que despunta por encima de su manera de ser y de lo que se asoma por los intersticios de su conducta. Es entonces cuando la palabra adquiere función. Sirve para que un ser humano haga sentir a otro lo que se considera que es, la imagen que se ha construido de sí mismo. Sirve asimismo para que este otro pueda dibujar un retrato del primero con palabras, en vez de líneas y colores como lo haría un pintor.

La vida fue para don Abelardo un valle hostil, además de serlo nublado, como lo describe en su novela. El Valle Central de Costa Rica, símbolo del país porque en él se había centralizado la población y ha sido la sede de los poderes públicos, pasó por distintas fases de índole política, social y económica. Los regímenes presidenciales cívico-patriarcales de don Ricardo Jiménez y don

Cleto González Víquez; las crisis del Poder Ejecutivo como poder público ejemplificadas por los gobiernos de don Alfredo González, don Federico Tinoco, don Julio Acosta y don León Cortés; las agitaciones sociales y económicas sobrevenidas después de la Primera Guerra mundial en toda Europa y los Estados Unidos que repercutieron culturalmente en nuestro "subdesarrollado" país, para dar nacimiento a gobiernos con reformas y legislaciones sociales, impuestos, burocracia y planes de desenvolvimiento económico sostenidos con empréstitos internacionales. Don Abelardo, nacido en el 98 y desaparecido en el 69, tuvo que contemplar todo este espectáculo nublado por conflictos y pasiones, y en algunos casos participar en él. De tan compleja experiencia él dejó constancia en sus escritos.

Pero de lo que nunca dejó constancia ni siquiera permitió que se transparentara en su rostro y mucho menos en sus palabras fue de la hostilidad que encontró en este valle. Sus amigos echaron sobre ello un velo piadoso. Su esposa lo embelleció con la ternura siempre vigilante de su delicadeza. No obstante, existió. Y porque existió hubo en él lucha contra su hado y porque existió hubo en él semilla de dolor y árbol de grandeza. Y se formó el quijote interno. Y su imagen íntima se esculpió bajo la acción creadora de su recia voluntad.

La naturaleza dotó a don Abelardo de un cuerpo fuerte y sano, pero lo hizo nacer con un defecto congénito en sus pies que, con el correr de los años, se fue agravando. El joven Abelardo luchó contra su mal, como los héroes míticos de la Hélade tuvieron que luchar contra el Destino. Luchó a brazo partido. Con la espada tajante de su voluntad, con el invencible escudo de su constancia, con la coraza y yelmo de un optimismo inquebrantable, dio la descomunal batalla, día tras día, para vencer a la naturaleza y ganar el dominio de sus pies. Su mal avanzaba. Así y todo, se mantuvo firme y logró convertirse en un buen jugador de balompié.

Llegado a la edad adulta, no he podido saber el año exacto, don Abelardo fue sometido a una operación. Me cuenta don Eduardo Hutt, su viejo amigo, que él le sugirió la idea de que el doctor Ricardo Moreno Cañas, un destacado cirujano muerto prematuramente, lo operara. El señor Hutt arregló la entrevista. El doctor conocía una nueva técnica para esa clase de operaciones. El cirujano llenó honradamente su cometido. El paciente mejoró un poco. Pero el mal volvió a acentuarse. Don Abelardo tuvo que valerse de un bastón para caminar durante el resto de su vida. A mí lo que me impresionaba era su empleo del bastón y no de una muleta. Este pequeño detalle me parecía elocuente. El bastón es

un instrumento que uno maneja y sobre el cual uno se afirma. La muleta es algo que nos sirve para apoyarnos y descansar en él. Con el bastón, don Abelardo se sentía más dueño de sí mismo. El hombre dentro de él se imponía sobre el suelo de nuestro valle.

Debe agregarse que el caminar le producía un intenso dolor. Es como si el valle le fuera hostil y le cobrara con sufrimiento la arrogancia quijotesca de su conquistador. Don Abelardo a su vez le respondía con un desdén estoico. Todos los días él recorría a pie el camino desde la pensión de doña Emilia de Pacheco, en el Barrio del Carmen, donde él vivía, hasta el local que ocupaba el Diario de Costa Rica, en la esquina formada por la Avenida Central y la Calle Central. Esa era su proeza diaria. Es difícil imaginarse lo que ésta significa en términos de dolor y de voluntad. Lo que sí puede decirse es que don Abelardo aprendió la filosofía estoica caminando y que a Séneca lo conoció en las calles de San José.

También este valle le fue hostil de otra manera. El patrimonio de su familia venido a menos, el niño Abelardo, el joven Abelardo, el hombre Abelardo tuvieron que ganarse la vida. No sólo eso sino que tuvieron que ayudar al sostenimiento de su casa. Su padre, don Juan Andrés, según me informó don Francisco María Núñez, instaló en Cartago su primer sistema telefónico. En él trabajó como telefonista el niño Abelardo. Durante sus momentos desocupados, que eran muchos y prolongados, ya que las llamadas telefónicas eran pocas y espaciadas, el niño Abelardo devoró libros. Todos los que caían en sus manos. Así comenzó su culto al libro, al don de su Hada Madrina, del que jamás abjuró.

Mientras asistía a la escuela y al Colegio San Luis Gonzaga, trabajó para su familia. Porque el amor a la familia que él fundó no es sino otro aspecto del amor a la familia en que nació. Se vino el Abelardo adolescente a San José. Entró en la Escuela de Derecho. No terminó sus estudios. Trabajó en el Diario de Costa Rica que dirigía don Otilio Ulate. Primero, como traductor de cables. Lo cual significa que dominaba uno o dos idiomas. Durante el tiempo que le quedaba libre, leía y escribía. En alguna ocasión, don Otilio leyó sus horraadores. Le parecieron buenos. Lo empleó como redactor. Por fin escribió editoriales para el periódico. En las noches se reunía con un grupo de escritores que formaban la tertulia de "La Floresta", nombre de una "refresquería" que existió en el Pasaje Dent. En 1941 pasó, como lo señalamos, a la Universidad.

El diario combate del dolor físico y la lucha contra la pobreza modelaron en él una imagen heroica. El quijote de sí mismo. Don Abelardo llamó a su dolencia *su cruz y su estrella*. Cruz por

que le había enseñado a sufrir. Estrella porque le había servido de guía. El espíritu triunfó sobre la materia. De ese triunfo surgió el autodidacto. La victoria de la cultura sobre el dolor y la pobreza. Su cruz le sirvió a don Abelardo de estrella. Y su cruz fue el escultor silencioso que le dio carácter a la personalidad del autodidacto. Pero de este asunto me ocuparé en la parte que sigue.

La obra de don Abelardo

La obra de don Abelardo está íntimamente ligada a su personalidad, como lo está toda obra con su autor. Porque lo que se hace, porque lo que se dice, porque lo que se escribe son proyecciones de la personalidad en la conducta. Revelan sus conflictos y soluciones. Especialmente estas últimas. Ya que las soluciones que se dan a los conflictos son las que imprimen dirección a la personalidad total. Y dan significación psicológica a las proyecciones de la personalidad en su hacer, decir y escribir.

Tomaré un ejemplo muy trillado. Una persona desea ardientemente ser rica. Varias soluciones le puede dar a ese conflicto provocado por su deseo y la severidad de su pobreza. Una: ponerse a trabajar y economizar. Dos, proyectar negocios ilusos que le darían grandes ganancias. Tercera, robar con más o menos habilidad o dedicarse a negocios ilícitos. Cuarta, soñar con que se ha sacado la lotería, ha recibido una herencia o que alguien le ha regalado una fortuna. Quinta, volverse decepcionado y pesimista. Sexta, predicar el saqueo y el pillaje. Sétima, escribir un libro acerca de las desventuras de un pordiosero. Octava, quitarse la vida. Novena, adquirir una psicosis y terminar en un manicomio. Décima, entregarse a la bebida o a las drogas. Y paro de contar. Cada una de estas soluciones, buena o mala, le imprime dirección a su personalidad.

Un escritor al igual que un filósofo, un artista, un empresario, un educador o un científico, es un hombre de conflictos y soluciones como cualquier otro mortal. Don Abelardo no es una excepción como no lo es cada uno de nosotros. Como no lo soy yo. Por lo tanto, es posible encontrar las líneas directrices de su obra si la comparamos con las líneas directrices de su personalidad. Si entendemos cómo vivió entenderemos cómo escribió. Si comprendemos para qué vivió comprenderemos para qué escribió.

Salta a la vista que mi apreciación acerca de la personalidad y la obra de don Abelardo adolece de grandes defectos. Primero, porque los "hechos" relacionados con la vida de don Abelardo los he tenido que tomar de distintas fuentes, de personas que lo conocieron, de otras que oyeron hablar de él, sin que me haya

sido posible corroborar estos testimonios con datos documentales. Segundo, porque una investigación completa es ahora imposible dado que don Abelardo no está entre nosotros. Tercero, porque la obra publicada de don Abelardo, sus nueve ensayos, son material muy reducido si se le compara con el número de sus conferencias dadas dentro y fuera de la Universidad de Costa Rica. Cuarto, porque tengo deficiencias y limitaciones que quizá no me permitan emitir un juicio exacto y valdero.

Me acojo, por lo tanto, a vuestra benevolencia para seguir adelante con mi tarea. Tomad en cuenta mis buenas intenciones y perdonad mis yerros. Para mí las líneas directrices de la personalidad de don Abelardo, es decir, las soluciones que él les dio a sus conflictos, son las siguientes. a) Sistemas compensatorios de superación; b) Transferencia al tiempo histórico; c) Intuicionismo y autoafirmación. Procederé a analizar cada uno de estos puntos.

a) *Sistemas compensatorios de superación.* Algunos psicólogos sostienen que "la tendencia del organismo a preservar su ser" es el impulso básico de todo lo que tiene vida. Mientras que la materia tiende a dispersarse, la vida tiende a unificarse en formas cada vez más complejas y coherentes. Para un átomo no es tragedia perder un electrón. En cambio para un ser vivo sí es tragedia la pérdida de un órgano. Algunos organismos inferiores como los anélidos, los celenterados y hasta vertebrados como los batracios, pueden reemplazar un órgano perdido por medio de un crecimiento espontáneo de su cuerpo. Una lombriz de tierra, cortada en dos partes, desarrolla, cada mitad por aparte, lo que le falta. Una estrella de mar repone un pedazo arrancado a sus estructuras. La rana reconstruye una extremidad que le ha sido cortada aunque no del tamaño normal.

Llamemos compensación biológica a este proceso de formar células nuevas para reemplazar las células perdidas por mutilación total o parcial de un órgano. Esta compensación biológica no la puede hacer el hombre. Si nosotros perdemos una mano o un pie, por un accidente, por una enfermedad, nuestro cuerpo no puede reponerlos. No puede compensar la pérdida, no puede resarcirse del daño sufrido, formando un nuevo pie o una nueva mano. Pero sí puede compensar su pérdida y resarcir su daño valiéndose de recursos psíquicos. Sirviéndose de una compensación psicológica.

Por ejemplo, un ciego de nacimiento o una persona que ha perdido la vista puede compensar este daño o esta pérdida desarrollando extraordinariamente otro u otros sentidos: el tacto, el olfato, el oído. Un sordo puede desenvolver su vista de tal modo

que entiende lo que se le dice o lo que otros hablan con solo seguir el movimiento de sus labios. Un manco puede llegar a hacer con la mano que le queda lo mismo que él hacía con la mano que perdió. Este tipo de compensación psicológica se llama simple porque sirve para redimir una desvalorización orgánica o funcional con la valoración funcional de lo que resta del mismo órgano o de otro órgano que sustituye al perdido.

También existen otras formas de resarcimiento psicológico, en las que el daño o la deficiencia se reponen de un modo excesivo. Se llaman supercompensaciones. Ora se convierte el defecto en cualidad, como hizo Lord Byron con su cojera, Charles Chaplin con sus pies planos. Ben Turpin con sus ojos bizcos. Ora se compensa la fealdad, la deformidad o la invalidez con talentos, habilidades, grandes empresas, erudición, como Sócrates, Toulouse-Lautrec, Guillermo I, Benedetto Croce. Me detendré en este último, porque su caso ha sido estudiado.

En su obra, *Los Sentimientos de Inferioridad*, el Dr. Oliver Brachfeld escribe lo siguiente:

“Benedetto Croce, el incomparable erudito italiano, sufrió de niño un terrible accidente: en un terremoto se destruyó la casa napolitana en que vivía con toda su familia. Sólo él se salvó, pero quedando inválido para toda su vida: cojo de ambas piernas. Imposibilitado para correr como los demás adolescentes y obligado a una vida sedentaria, buscó y encontró brillante compensación —y hasta supercompensación— en el cultivo de su espíritu, la erudición y las letras. Tenemos ante nosotros un caso de compensación justa y, por decirlo así ideal. La vida del inválido no ha quedado truncada y el espíritu ha vencido las deficiencias del cuerpo”. (Pág. 218).

Si comparamos la vida de Benedetto Croce, como la presenta Brachfeld, en lo que sabemos de la vida de don Abelardo Bonilla, descubrimos ciertas semejanzas y diferencias. La invalidez de Croce era mayor, ya que le impedía el uso de las dos piernas. El impedimento de don Abelardo se limitaba a sus pies. Lo cual le permitió recurrir al ejercicio y al uso de un bastón para sobreponerse a su desventaja y poder caminar. La supercompensación es casi idéntica en ambos, pues la buscan en el “cultivo del espíritu, la erudición y las letras”. Pero existen también otros puntos de concordancia. Los dos eran amantes de la estética. Croce se dio a conocer con la publicación de su *Estética*. Don Abelardo, en sus últimos años, había pensado en escribir un tratado de estética. Recuerdo, que en una oportunidad, él me estuvo hablando acerca de lo que llamaba las categorías estéticas que corresponderían a

las de Aristóteles. Otra semejanza es la de que ambos tuvieron una gran afición por la historia. Croce escribió por lo menos 19 libros sobre historia. Don Abelardo en casi todos sus ensayos se vale del método histórico. Como este punto tiene a mi modo de ver mucha importancia, lo trataré enseguida bajo el título de "La transferencia al tiempo histórico".

b) *La transferencia al tiempo histórico. En la crisis del humanismo, Introducción a una exiología jurídica, Historia y antología de la literatura costarricense, América y el pensamiento poético de Rubén Darío, En los caminos de la unidad centroamericana*, esto es, en cinco de sus nueve obras publicadas, don Abelardo emplea el método histórico para probar sus tesis. Define este método en el siguiente párrafo:

"Si en las ciencias de la naturaleza conviene siempre conocer la historia de las mismas, como parte del conocimiento actual, en las del espíritu ese conocimiento histórico es fundamental, porque el interés mayor está en el conjunto o totalidad del pensamiento, es decir, en lo que tiene de universal, y no en un sector temporal determinado". (Int. a una Ax. Jur., pág. 87).

Además de procurarle a don Abelardo esta visión de conjunto, le permitió sacar conclusiones de índole general acerca de la naturaleza y los propósitos de la ciencia del espíritu investigada. El hecho histórico, como un fenómeno observable de la vida, fue la base científica sobre la cual don Abelardo montó todo el andamiaje de sus conclusiones teóricas. Estas debían salir inductivamente de los hechos históricos. Este plan de investigación, al que le concedió un valor equivalente al de la investigación empírica que emplean las ciencias experimentales, lo usó don Abelardo en el aula y en sus escritos como venimos de apuntar. Fue su caballo de Troya.

Ahora bien, ¿qué importancia psicológica tiene el método histórico como lo concibe y defiende don Abelardo? Lo primero que se destaca con claridad meridiana es que don Abelardo cree que este método es justificable, perfectamente lógico y racional. Como diría un psicólogo, don Abelardo ha "racionalizado" debidamente su creencia. Sin embargo, las bases en que se asienta el método no son tan incommovibles. ¿Qué es un hecho histórico? ¿Son los datos suministrados por un libro de historia? ¿Por los historiadores? Todos esos datos son controvertibles, puesto que descansan en pruebas documentales o testimoniales que, a su vez, pueden ser corroboradas, modificadas o descalificadas con la aparición de otras

pruebas. No tienen la certidumbre de los hechos científicos, los cuales pueden ser comprobados experimentalmente cuantas veces sea necesario.

El hecho histórico no puede producirse en un laboratorio. Nadie podría recrear la Revolución Francesa. Asimismo las conclusiones o hipótesis inductivas sacadas de los hechos históricos no pueden comprobarse experimentalmente. A lo sumo pueden justificarse por medio de argumentos. Por otra parte, el hecho empírico sucede en un espacio y durante un tiempo medibles y localizables. El hecho histórico sucede en un espacio y en un tiempo abstractos. Porque sucede en un espacio y en un tiempo ya desaparecidos. Que dejaron de existir, y que nosotros imaginamos retrospectivamente.

¿Habrá una relación psicológica entre la actitud asumida por un erudito y la de buscarse un asidero lógico en un mundo imaginado? ¿Qué impulsará a una persona a considerar igualmente reales la certeza lógica y la certeza sensorial? ¿Qué factores personales inducirán a ubicarse en el tiempo histórico y en el espacio histórico? Pareciera como si la dificultad para ubicarse en el espacio físico y en el tiempo físico, dificultad experimentada tanto por Croce como por don Abelardo, los hubiese conducido inconscientemente a hacerlo en el otro espacio y en el otro tiempo, en donde estaban capacitados intelectualmente para conquistarlos y dominarlos. En donde se sentían amos y señores de su mundo, dueños de ellos mismos, seguros de ocupar un sitio lógicamente inexpugnable. En donde podían afirmarse y ser plenamente sin impedimentos limitativos ni circunstancias adversas. Porque ahí todo dependía de la voluntad firme, del esfuerzo incansable, para mantener el cual, ellos quemaron sus vidas como leños que consume el fuego. La esposa de don Abelardo nos dice que él vivió "con fe inquebrantable en los valores del espíritu, gastando sus fuerzas hasta la extenuación en el quehacer cultural".

c) *Intuicionismo y autoafirmación.* Otro terreno en el cual se acerca el pensamiento de don Abelardo al de Croce es en el terreno de la Estética. Específicamente en el de la "intuición", que ambos consideran como fundamental en la concepción artística. No voy a entrar en el análisis de lo que la intuición significa para el uno o para el otro ni en una crítica de sus significados. Para los propósitos de mi presente trabajo, me basta con traer a colación algunas citas para probar mi aserto.

Escribe Croce en su *Estética*:

“El conocimiento tiene dos formas. Es, o conocimiento intuitivo o conocimiento lógico, conocimiento por la fantasía o conocimiento por la inteligencia, conocimiento de lo individual o conocimiento de lo universal, de las cosas particulares o de sus relaciones. Es, en síntesis, o producto de imágenes o producto de concepto”. “El resultado de una obra de arte es una intuición”. Hemos identificado el conocimiento intuitivo o expresivo con el hecho estético o artístico, tomando las obras de arte como ejemplos de conocimientos intuitivos y atribuyendo a éstos el carácter de aquellos”.

Escribe don Abelardo:

“Croce, cuya influencia en este terreno (el de la Estética) es tan considerable, lanzó una idea eficaz al fundar la disciplina en la intuición, considerando lo bello como intuición lírica expresada, en un primer momento prelógico del espíritu”. “El intuir es lo propio y fundamental del sentimiento, su acto puro”. “Lo poético es fundamentalmente lo metafísico en la contemplación. Tiene un doble carácter: una intimidad que obedece a la participación del sentimiento —y suele llamarse proyección sentimental— y una lejanía elusiva y velada, que está en el objeto. Es la intuición de un mundo mágico y dinámico que no se da del todo y que el poeta trata de acercar, aprehender y realizar, y de cuya obsesión se libera por la catarsis creadora que se materializa en la obra de arte”. “La vía y esencia de lo poético es la intuición”. Estas citas están tomadas de dos obras de don Abelardo: *Conocimiento, Verdad y Belleza y América y el pensamiento poético de Rubén Darío*.

Por lo tanto, Croce y don Abelardo son partidarios del “Intuicionismo”, como una teoría para explicar y explicarse el misterio de la producción artística. Ellos seleccionaron esta teoría de entre otras existentes, que ellos mismos conocieron, criticaron y repudiaron. ¿Por qué? Razones lógicas, ellos dieron muchas. Bien meditadas, bien definidas, claramente expresadas. Sin embargo, ¿no cabe la pregunta de si existirían o no razones psicológicas para hacerlo? ¿No es válida la encuesta acerca de los impulsos íntimos, de los motivos profundos que los llevaron a inclinarse en esa dirección y no en otra? Al fin y al cabo, la naturaleza humana es unitaria y no podemos explicar el pensamiento de un hombre si prescindimos de tomar en cuenta todos los restantes factores de su personalidad y de su vida.

Si esta especulación me es permitida, acordadme vuestra venia para presentaros algunos pasajes de la Estética de Benedetto

Croce que, a mi modo de entender, tienen gran significado y estrecha relación con las corrientes hondas que afloraron en su pensamiento.

“¡Cuántas veces —exclama Croce— nos esforzamos inútilmente en intuir lo que se agita dentro de nosotros!”.

Estas palabras son altamente reveladoras. Parecen dar a entender que él sintió “algo” que se agitaba en su conciencia, algo que lo inquietaba, y que en vano trató de intuir. Sus esfuerzos fueron inútiles. Con los conocimientos psicológicos que ahora tenemos, los que andan de boca en boca y de libro en libro, no nos es difícil entender que Croce tenía un profundo problema que no lograba extraer de su “inconsciente”. Sin embargo, intuía que no lograba intuirlo, paradoja que es propia de quienes no han sido sometidos a un análisis psíquico ni han logrado realizar su autoanálisis.

Podría pensarse que la intuición es una cualidad exclusiva de los artistas o de que la intuición artística es un tipo especial de intuición. Croce refuta estas conjeturas de la siguiente manera:

“El haber separado el arte de la común vida espiritual, el haber hecho de él no sé qué círculo aristocrático o qué ejercicio singular, ha sido una de las causas principales que han impedido a la Estética, ciencia del arte, alcanzar la verdadera naturaleza, las verdaderas raíces de éstas en el espíritu humano”.

En otro pasaje, afirma que:

“Cada uno de nosotros tenemos algo de pintores, de escultores, de músico, de poeta, de prosistas; pero ese algo es muy poco comparado con los que llamamos tales, precisamente por el alto desarrollo que en ellos alcanzan estas comunes disposiciones y energías de la naturaleza”.

Si esto es así, Croce fue un intuitivo. Lo cual es evidente porque él llegó a la conclusión de que el arte es intuición y expresión por una intuición, o “insight” como se dice en inglés, o “verstehen” como se dice en alemán. Por la contemplación de la obra artística y del hacer artístico. Por la “aprehensión inmediata o innata de un grupo complejo de datos o de un principio general”, según definen los psicólogos la intuición. Es decir, por la captación mental del “todo” artístico y no por el análisis de las partes que forman este todo y que conocemos como una determinada obra artística; cuadro, poema, partitura, estatua. Croce lo expresa así:

“El todo determina la cualidad de las partes. Una obra de arte puede estar llena de conceptos filosóficos, puede contenerlos en mayor escala y con mayor profundidad que una disertación filosófica, que puede ser, a su vez, rica y rebosante de descripciones e intuiciones. Pero, a pesar de todos aquellos conceptos, el resultado de la obra de arte es una intuición y, a pesar de todas aquellas intuiciones, el resultado de la disertación filosófica es un concepto”.

¿Por qué dice Croce estas cosas? Porque es un intuicionista y el intuicionismo sostiene que “el conocimiento de la realidad en general o el conocimiento de ciertas verdades es de carácter inmediato”. En otras palabras lo dice “porque sí”. Es el famoso porque sí de los intuitivos. El porque sí usado, con más o menos disimulo, con más o menos énfasis, con más o menos dogmatismo, por todos nosotros. El porque sí que he venido empleando yo mismo y del cual se habrán dado cuenta mis oyentes.

Este mundo de la intuición es un mundo prodigioso. Mágico. Creador de imágenes. El mundo fantástico de la Segunda Parte del Fausto. En sus regiones más altas —perdonadme la metáfora, pero no hay otro medio para describirlo— viven los místicos, los artistas, los visionarios, los utopistas, los soñadores de todos los tipos. En sus regiones inferiores pululan los alucinados y paranoicos.

Este mundo de la intuición es un mundo fascinante. Nos hechiza con su vívida realidad. Bajo el influjo de ese hechizo nos hace sentirnos seguros. Cada artista, por ejemplo, tiene fe en SU visión y en SU obra. Contra SUS intuiciones no prevalecen los argumentos ni los asedios del pensar lógico. Porque las intuiciones llevan dentro de ellas su propia razón de ser, su propia lógica, que es la que señalamos como la lógica de porque sí. ¿Qué le concede al intuitivo esa seguridad? Lo diré con las palabras de Benedetto Croce.

“El conocimiento intuitivo no necesita de señores; no tiene necesidad de apoyarse sobre ninguno ni debe acudir a los ojos ajenos, porque los tiene bajo su frente con una visualidad extraordinaria”.

Finalmente el mundo de la intuición es un mundo liberatorio. Independiza al hombre de sus angustias diarias, de sus problemas, de sus rutinas, de las esclavitudes de su vida material y de las vejeces del alma. Porque el arte es antorcha de libertad y, por ende, antorcha de juventud.

El artista es un eterno adolescente, ya sea cuando ciñe sus cabellos con los pámpanos de Baco o cuando corona su cabeza con las ínfulas de Apolo. Vuelvo a citar a Croce:

“La función libertadora y purificadora del arte constituye otro aspecto y otra fórmula de su carácter de actividad”.

La intuición no deja de tener sus escollos, parecidos a aquellos que rodeaban a las sirenas, que Odiseo encontró en su camino y que él, con su legendaria prudencia, supo evitar. Uno de esos escollos es el dogmatismo que le viene al intuitivo de la seguridad que él siente en su persona y en su mensaje. Otro escollo es la terquedad que lo ha llevado a veces al sacrificio o a la lucha. Porque la intuición exige de nosotros una lealtad completa y una amorosa entrega. Para evitar estos escollos, el Odiseo que hay en nosotros nos recomienda la autocrítica constante y un humorismo inagotable. El intuitivo toma todo en serio, no sabe reírse de sí mismo y muy a menudo no sabe sonreír.

Creo que en esta forma he agotado mi trabajo. Doy las gracias a la Academia por el honor que me ha conferido al permitir que me sentara sobre esta Silla, en donde se sentaron dos ciudadanos que fueron honra y prez de la República. Doy las gracias a todos los que me habéis escuchado. Espero que, en vez de aplausos, le tributéis a mi discurso una sonrisa inteligente de buen humor, que sirva para aliviarme del peso que llevo en la conciencia por haberos sometido a esta ordalía de escucharme. He dicho.

José Basileo Acuña

DISCURSO DEL ACADEMICO LIC. ALBERTO F. CAÑAS, EN
RESPUESTA AL DE INCORPORACION DEL PROF.
JOSE B. ACUÑA

Ha ingresado brillantemente a esta corporación don José Basileo Acuña haciendo la apología de su predecesor en la silla G, más que apología un cuidadoso y rico ensayo sobre la personalidad, la vida y la obra de ese espejo de cruditos y estetas que fue Abelardo Bonilla.

El discurso de nuestro nuevo compañero nos reconforta. Viene a avisarnos que la tremenda pérdida que para la Academia Costarricense de la Lengua significó la desaparición del Profesor

Bonilla, está ya amainada con la presencia en ella del Profesor Acuña. Un espíritu indudablemente superior ha venido a ocupar la silla que durante catorce años ocupara otro espíritu indudablemente superior. Hombres de estudio ambos, profesores, investigadores, han tenido los dos la sabiduría de vivir en medio del pensamiento, las letras y el arte, como auténticos cultores de cuanto es bello, noble y espiritual.

Doy, pues, la bienvenida a don José Basileo Acuña, al seno de la Academia Costarricense de la Lengua. Cumplo con júbilo el encargo que se me dio, porque se trata, entre otras cosas, de quien fue mi profesor en los días del colegio. Muchas generaciones de liceístas aprendimos de él lo que puede ser una relación jovial entre profesores y alumnos, no despojada, sin embargo, del elemento reverencial que esa relación necesita. Sabíamos que en el Profesor Acuña teníamos un amigo cordial, pero también estábamos enterados de que podía conducirse como un monstruo, sí, como un monstruo a la hora de calificar un examen.

Circulaba por el Liceo una leyenda atroz: la de que el Profesor Acuña era dueño de una de las más importantes, si no la más, bibliotecas privadas del país; y otra la de que don José Basileo Acuña, don Pepe Acuña para decirlo de una vez, era un hombre que no sólo era versado en Sicología (ciencia que nos enseñaba), sino en todas las ramas del saber humano. Posteriormente, hemos podido todos sus viejos alumnos darnos cuenta del gran porcentaje de verdad que había en aquellas consejas misteriosas que circulaban entre nosotros, más preocupados entonces por el *basket-ball* y el baile del sábado, que por el contenido misterioso de la legendaria biblioteca de nuestro profesor y amigo.

Caso admirable el de este nuevo Académico; caso admirable de vocación docente. ¿Por qué enseña este hombre? ¿Por qué ha dedicado su vida a enseñar si no lo necesita, si no vive del escaso emolumento que esa actividad le depara? De haberlo querido, viviría en el ocio, en un ocio creador naturalmente; pero no se ha resignado a ello, y ha dedicado las horas más preciosas de su vida a enseñar: a enseñar en los liceos, a enseñar en la Universidad, a enseñar siempre. Como una distracción, dirán algunos. Por una vocación profunda, diría yo.

Pero con ser admirable la vocación, y admirable el profesarla, no son cosas los méritos que han traído a don José Basileo Acuña al seno de esta corporación; la índole de cuyos quehaceres anda por otro lado. Y si bien estamos recibiendo calurosamente al profesor Acuña, oficialmente recibimos al poeta Acuña. Y encontramos que si grandes son sus merecimientos en el terreno docente, igualmente importantes lo son en el campo literario.

Apartado de modas efímeras, ha construido José Basileo Acuña una obra poética importante, y también una obra en prosa. Su temperamento, su manera, le sitúan entre los poetas más modernos; pero siempre ha preferido trabajar dentro de los viejos moldes consagrados. La conocida circunstancia del nuevo vino y el odre antiguo. Poeta de tono épico, canta en su "Rapsodia de América" las glorias históricas del continente, y de la España que lo conquistó y de la Europa renacentista que presencié atónita el hecho; nos da una visión, en ocasiones indignada, del presente incierto de esta región del mundo, y también una anticipación optimista, entusiasta pero sin grandilocuencias ni atiborramientos líricos, de su porvenir. Y presenta el complemento, por decirlo así, de esa obra, en sus "Tres Cantares", donde evoca la Europa de los albores del Renacimiento, al través de las figuras señeras, poéticamente cantadas, de Leonardo, Colón y Dante.

Hay mucho donde espigar en la obra poética de nuestro nuevo colega. Poeta auténtico, la forma y el idioma no le han escatimado ninguno de sus secretos. "Cantigas de Recreación", "Quetzalcoatl", son títulos que merecerían reposado análisis, o una breve glosa siquiera en este discurso. Pero prefiero referirme al último de sus volúmenes publicados, porque es el que, en más de una forma, epitomiza la personalidad literaria del poeta Acuña.

Su traducción de los Sonetos de Shakespeare.

Está en ella, naturalmente, el poeta, con una capacidad singular de re-creación, o sea de creación nueva trazada sobre la primitiva creación del poeta originario. Sólo un poeta puede traducir dignamente a otro poeta. Está en el hombre estudioso y erudito, pues sólo quien reúna esas dos condiciones puede emprender con acierto labor tan ímproba sobre obra tan compleja. Está también, naturalmente, el educador, pues labor docente de gran importancia es poner la obra del más grande poeta de la humanidad en conocimiento de los lectores de nuestra lengua y de nuestro país. Sólo un educador, erudito, humanista y poeta, pudo hacerlo como él lo hizo; con una versión que es orgullo de nuestras letras, ha merecido el aplauso de los más entendidos y exigentes, y ya comienza a ser comentada con encomio fuera del estrecho ámbito que encierran nuestras fronteras.

Recibimos hoy en nuestro seno, en consecuencia, a una personalidad singular. A un hombre de mucha ciencia y mucho pensamiento, que es al mismo tiempo maestro por vocación, y además poeta auténtico y culto. Mucho se enriquecerán nuestras deliberaciones, señores académicos, con su presencia y sabiduría. Sea bien venido don José Basileo Acuña a la Academia Costarricense de la Lengua.

ACTUALES ACADEMICOS DE NUMERO
DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

- Sr. D. Hernán G. Peralta - *Director*
Sr. D. Juan Trejos Quirós - *Secretario*
Sr. D. José Marín Cañas - *Tesorero*
Sr. D. Otilio Ulate Blanco
Sr. D. Julián Marchena Vallerriestra
Sr. D. Samuel Arguedas Catchengis
Sr. D. Luis Demetrio Tinoco Castro
Sr. D. Luis Felipe González Flores
Sr. D. Alejandro Aguilar Machado
Sr. D. Enrique Macaya Lahmann
Sr. D. Arturo Agüero Chaves
Sr. D. León Pacheco Solano
Sr. D. José María Arce Bartolini
Sr. D. Cristián Rodríguez Estrada
Sr. D. Alberto Cañas Escalante
Sr. D. Carlos Luis Sáenz - *electo*
Sr. D. Isaac Felipe Azofeifa - *electo*